

5760
ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

La Indómita.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

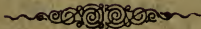
ARREGLADA AL ESPAÑOL

POR

Manuel Matóses.

de la comedia de SHAKESPEARE

TAMING OF THE SHREW



MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO

—
1897



LA INDÓMITA

LA INDÓMITA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADA AL ESPAÑOL

POR

MANUEL MATÓSES

de la comedia de SHAKESPEARE

TAMING OF THE SHREW

Estrenada en el TEATRO CERVANTES, de Málaga, la noche del 23 de
Abril de 1897.



MADRID

V. VELA, SUCESOR DE J. RODRÍGUEZ

4, CALLE DE LAS CONCHAS, 4,

—
1897

PERSONAJES

ACTORES

CATALINA.....	SRTA. COBEÑA (D.ª C.)
BLANCA.....	» SUAREZ.
MÓNICA.....	SRA. SAMPEDRO.
PETRUCHIO.....	SR. THUILLER.
BAUTISTA.....	» VALENTÍN.
GRUMIO.....	» BALAGUER (D. J.)
HORTENSIO.....	» CLARIA.
FLAVIO.....	» PONZANO.
SASTRE.....	» MARTÍNEZ.
NICOLÁS.....	» RUIZ TATAY.
GREGORIO.....	» MORENO.
DANIEL.....	» BALAGUER (D. M.)
FELIPE.....	» BLASCO.

La acción en Italia á fines del siglo XVII

Esta obra no podrá reimprimirse ni representarse en los teatros de España, de Ultramar, ni de los países con que haya celebrados tratados de propiedad literaria, sin solicitar y obtener para ello permiso de los comisionados de la *Galería Lírico-Dramática* de los SRES. HIJOS DE E. HIDALGO, que son los encargados de cobrar los derechos de representación

Queda asimismo reservado el derecho de traducción.

Se ha hecho la inscripción en el registro de la propiedad.



ACTO PRIMERO

La escena representa un espacioso salón con grandes ventanas en el foro que dan á un jardín. Puertas laterales; la segunda, de la derecha es de entrada, las otras de habitaciones. Mobiliario de lujo; sobre pedestales dos floreros.

ESCENA PRIMERA

FLAVIO, BLANCA y BAUTISTA

Blanca, sentada junto á una de las ventanas del foro, recibe lecciones de laúd de Flavio, que se halla sentado en un taburete á los pies de aquélla. Bautista, en un sillón colocado en primer término y frente al público, duerme, teniendo en la mano un libro. Pausa al alzarse el telón. Se oyen unos acordes tocados por Blanca en el laúd, y Flavio la interrumpe colocándole con suavidad los dedos en el sitio que deben ocupar. Flavio baja luego de puntillas hasta donde duerme Bautista; después de observar á éste, se vuelve al sitio que ocupaba.

FLAVIO. ¡Tu padre duerme como un bendito! ¡Dime una vez más, bien mío, que me amas, que me amarás toda la vida!

BLANCA. ¡Si ya te lo he dicho cien veces, Flavio! ¡Mi corazón sólo late por ti y para ti!

- FLAVIO. ¡Pero la idea de que tu padre proyecta casarte con Hortensio me atormenta! Si llegara ese caso, ¿te resignarías á obedecerle?
- BLANCA. ¡No; te repito que no! ¡Si mi padre no me dejara seguir mis inclinaciones, renunciaría al mundo y me encerraría en un convento!
- FLAVIO. ¡Ah, no! ¡Blanca de mi vida, no! Eso sería para mí lo mismo que perderte. Sin ti, ¿para qué quiero la vida?
(La besa una mano.)
- BLANCA. ¡Vamos, Flavio, vamos! ¡Continuemos la lección! (Se oye un gran estrépito de golpes y puertas cerradas con violencia. Catalina, dentro, riñe á grandes voces con los criados. Bautista se despierta sobresaltado y se pone en pie. Blanca y Flavio se levantan también.)

ESCENA II

DICHOS y CATALINA

- CAT. (Dentro.) ¡Estúpida, torpe, animal! ¿Te pagan para que me trates de esa manera? Responde, ¿te pagan para eso? ¡Contéstame, contesta pronto!...
- BAUT. Pero ¿con quién riñe ahora?
- FLAVIO. ¡Qué carácter tan atroz!
- BLANCA. ¡No descansa un solo momento!
- CAT. (Dentro.) ¡No me repliques! ¡No quiero que me faltes al respeto! ¡Estúpida, vete de aquí! ¡Quedas despedida! ¡Deslenguada!—¡Y tú también! ¡Á la calle! ¡Todas á la calle! ¡No quiero ver á ninguna!—¿Aún estáis ahí? ¡He dicho que fuera todas!... (Suena un gran golpe.)
- FLAVIO. ¡Dios mío! ¡Les ha tirado una silla á la cabeza!
- BLANCA. ¡Y este es el pan nuestro de cada día!
- FLAVIO. ¡Mirad, señor, mirad cómo huyen por el jardín las criadas!...
- BAUT. (Asomándose al jardín.) ¡Vamos, Catalina, vamos! ¡Por los clavos de Cristo, hija mfa!... (Entra Catalina iracunda y altanera; manotea y críspa los puños para hablar.)

CAT. ¿Queréis saber lo que ocurría? ¡Pues que estaba dando las gracias á Emilia por la dulzura con que me trata!

FLAVIO. (Aparte.) ¿Á eso llama dar las gracias?

BAUT. ¡Pobrè Emilia! No tienes, hija, en cuenta su edad, ni los años que lleva en casa, ni el cariño que aquí la tenemos todos.

CAT. ¿Á que resulta que yo no tengo razón?

BAUT. ¡Lo que resulta, hija, es que tratas de igual manera á todo el mundo; que por tu infernal carácter tenemos que mudar de criados á cada momento, y que á este paso no voy á encontrar en todo Pádua quien quiera servirme!

CAT. ¿Y os parece bien la manera que tiene Emilia de vestirme? Todo el traje arrugado, abrochado de cualquier manera, que más que una dama parezco un espantajo. Verdad es que á mí nadie me atiende ni me considera. Todas las atenciones, todas las galas son para la niña predilecta.

BLANCA. ¿Para mí?

CAT. (Con fingida dulzura.) ¡Para ti, gatita remilgada!

BAUT. ¡No tengas mala lengua!

CAT. ¡Aún la he de tener peor!

BAUT. ¿Qué se le compra á tu hermana que no tengas también tú?

CAT. ¿Yo? ¿Tengo yo esos lazos? ¿Tengo estas puntillas? ¿Tengo yo estas ropas? (Conforme va hablando va dando tirones de las ropas de Blanca.)

BLANCA. ¡Hermana, por Dios, que me destrozas toda!

BAUT. (Conteniéndola.) ¡Dios mío, Dios mío, qué harpía!

FLAVIO. ¡Doña Catalina, sosegaos!

CAT. ¿Se os ofrece á vos vela en este entierro, señor guitarrista? Cállese si no quiere que le santigüe por mi propia mano.

FLAVIO. ¡Os creo capaz de ello y de aún más!

BLANCA. ¡Pero, hermana! Si te agradan mis ropas, estoy pronta á cedértelas, pero no me trates así.

- BAUT. ¡Fiera indómita! ¿no ves que si á tu hermana le sienta bien todo traje es por la modestia con que lo lleva?
- CAT. ¡Sí! ¡sí! ¡mimadla! ¡acariciadla, que ella es un ángel caído del cielo y yo una fiera escapada de los bosques; ella es dulce como la miel, y yo amarga como el acíbar!
- BAUT. Y así es la verdad, mal que te pese y nos pese á todos. Á ella todos la quieren, estiman y galantean, y á ti todos te huyen y te temen.
- CAT. (vivamente.) ¡Con eso se casará pronto y bien!...
- BAUT. ¿Irse ella y quedarte tú? ¡No lo permita el cielo! ¡Tú te has de casar primero, y ella después!
- CAT. No sé cómo he de casarme yo si los novios me los va quitando mi angelical hermanita.
- BAUT. ¡Jesús! ¡Qué lengua la tuya! ¿Lo dices por Hortensio? ¿Pues no te pretendió primero á ti? ¿No le echaste noramala?
- CAT. Pero mirad cómo se apresuró á pedirnos su blanca mano y vos á concedérsela.
- BAUT. Porque le cautivó su humildad y su modestia. ¿Por qué no aceptaste tú los galanteos de Antonio?
- CAT. ¡Uf! ¡Un viejo con gota!
- BAUT. ¿Y Lucenio?
- CAT. ¡Ese tiene esparabanos!
- BAUT. ¡Pues bien, Catalina, yo me voy también cansando de sufrirte! Si no te corrijes, si no reprimes tu carácter, si no aprovechas la primera ocasión que se presente para casarte, sea como fuere el pretendiente, joven ó viejo, guapo ó feo, pobre ó rico, estoy decidido, te cojo de una oreja y, te meto en un convento.
- CAT. (Con ira.) ¿En un convento?
- BAUT. ¡Sí! ¡Que cargue Dios contigo!
- FLAVIO. (Aparte.) ¡Claro! ¡El demonio tampoco la querrá!
- CAT. ¿Encerrarme en un convento? ¿Contra mi voluntad? Probad á hacerlo, y al día siguiente de entrar pego fuego al convento y ardemos todos juntos.
- BAUT. ¡Eso será lo que tase un sastre!

CAT. ¡Si ya me debía yo esperar ese porvenir! ¡Toda mi vida despreciada, sacrificada, perseguida, contrariada! Toda la vida siendo la puerca cenicienta. Pues bien, ¡ahora mismo! Yo os ayudaré á que quedéis libres de mí. ¡Fuera estas ropas! ¡Fuera este tocado!... (Se deshace el peinado, se destroza la ropa, patatea, habla fuera de sí.)

BAUT. ¡Catalina, Catalina!...

CAT. ¡Venga un hábito! ¡Venga un cilicio!

BLANCA. ¡Hermana, por Dios!

FLAVIO. ¡Señora Catalina!...

CAT. ¿No soy una fiera? ¿Una salvaje? ¡Haré cosas de fiera, lo destrozaré todo! ¡Fuera floreros! ¡fuera todo! ¡destrucción por todas partes! (Tira al suelo sillas, muebles, objetos, etc., etc. poseída de furor. Arroja un jarrón con flores á la puerta segunda derecha, al mismo tiempo que aparece por ella Hortensio, que se detiene. Al verlo Catalina da un grito y huye por una puerta de la izquierda.)

BAUT. ¡Dios nos proteja!

BLANCA. ¡Oh, qué carácter!

FLAVIO. ¡Esto no es una mujer, sino un arcabucero!

ESCENA III

DICHOS, menos CATALINA; HORTENSIO, seguido de PETRUCHIO, al que acompaña su escudero GRUMIO

HORT. ¿Dan licencia?.

BAUT. (Aparentando tranquilidad.) ¡Pase! Pase el amigo Hortensio, y perdone si no se le recibe como se merece.

PETRUCH. (A Grumio, aparte.) (¡Ha habido tempestad!)

GRUMIO. (A Petrucio.) (He oído los truenos.)

HORT. Lo que no quisiera yo es interrumpir estos dulces coloquios de familia.

BAUT. Esos continuarán luego, por desgracia. Hágame la merced de pasar el buen Hortensio.

HORT. ¡Hermosa Blanca!... (Blanca saluda friamente inclinándose; de igual manera se saludan Hortensio y Flavio.)

- BAUT. ¡Seais bien venido!
- HORT. ¡Y vos bien hallado! Permitidme, ante todo, que os haga la presentación de mi amigo, el noble y excelente caballero señor Pertruchio.
- BAUT. Y yo me huelgo mucho de que sea presentado por tan cariñoso amigo mío.
- HORT. Este mozo es su escudero Grumio, fiel como un perro, sumiso como un gato.
- BAUT. ¡Así han de ser los escuderos!
- GRUMIO. Pues este perro y este gato están á vuestro servicio, excelencia.
- PETRUCH. (Conteniendo á Grumio.) Excusará otras explicaciones, señor, el que sepáis que soy hijo de un amigo vuestro, de Antonio de Verona.
- BAUT. ¡Oh, Dios mío! Y ¿por qué hais tardado en decirlo? ¡Antonio! Mi amigo Antonio de Verona, compañero de infancia, camarada en amoríos y locuras. ¡Cuánto tiempo que no tengo noticias de él! ¡Estará ya muy viejo mi buen Antonio!
- PETRUCH. Vuestro amigo, señor Bautista, no está viejo ni está joven; es decir, no está de ninguna manera.
- BAUT. ¿Cómo?
- PETRUCH. ¡El infeliz se hartó de este mundo y hace dos años se marchó al otro!
- BAUT. ¡Era muy emprendedor!
- PETRUCH. Quizás por eso emprendió su marcha, y en el cielo nos está esperando sin duda alguna.
- GRUMIO. (Aparte.) ¡Y mucho que nos espere!
- PETRUCH. Heredé sus caudales, que eran cuantiosos, y no han menguado á pesar de los pellizcos que les di; heredé sus castillos, heredé su honrado nombre, que honrado procuro conservar, y quisiera, por fin, ser heredero de la buena amistad que le tuvisteis.
- BAUT. Contad con ella desde este instante y sea tan duradera y firme como yo desco.
- PETRUCH. Pondré en ello gran cuidado y será vuestro afecto la más estimada de mis prendas. (Se sientan todos menos el

escudero, que queda á prudente distancia. Flavio coge el laud y se va á la ventana del foro, desde donde cruza miradas de amorosa inteligencia con Blanca, fijándose en esto el escudero.)

BAUT. ¿Y cuidáis vuestra hacienda sin duda?

PETRUCH. De eso trato. Muerto mi padre, emprendí viajes para dar distracción á mi acongojado espíritu, servi á mi patria con las armas, enamoré mujeres, como conviene á todo mozo que no tiene vocación de anacoreta, y al cabo he decidido volver á mi casa, buscar la tranquilidad y la paz del hogar, y elegir para esposa una doncella que me ofrezca la vida reposada que ahora deseo.

BAUT. Mil parabienes os doy por tan prudente resolución.

HORT. Pues esa resolución es la que motiva que os presente á mi amigo Petruchio.

BAUT. ¡Ya, vamos! el señor Petruchio busca el consejo prudente de un anciano experimentado, de un amigo cariñoso.

PETRUCH. ¡Nada de consejos! Yo mismo, á mis solas, me he aconsejado, he meditado acerca de mi situación, y he logrado convencerme de que el matrimonio es el estado racional y perfecto de todo hombre de buenas inclinaciones. El caso es, señor Bautista, que desde mi llegada á Pádua, oigo hablar de que tenéis una hija á la que Dios ha querido premiar con todos los atractivos de la belleza y la virtud...

BAUT. (Se dirige presuroso á Blanca.) Blanca, hija mía, ve allá dentro un rato. Acompañadla, Flavio, y dad á un tiempo lección á ella y á Catalina.

FLAVIO. Serviros deseo.

PETRUCH. Lo que yo pienso decir puede oirlo esta doncella sin menoscabo de sus castos oídos.

BAUT. ¡No importa, nó importa!

HORT. (Aparte á Blanca, acompañándola de la mano hasta la puerta.) Id sin temor. Este amigo es aliado nuestro y él nos ha de librar de la tiranía de vuestra hermana.

BLANCA. (A Hortensio.) ¿Y cómo?

- HORT. (A Blanca.) ¡Pronto lo sabréis!
- GRUMIO. (Desde el foro.) Á mí me da mala espina este músico. Creo que la música que él haga sólo ha de servir para arrullar los niños llorones.

ESCENA IV

BAUTISTA, PETRUCHIO y HORTENSIO, sentándose en primer término; GRUMIO, en el foro.

- BAUT. Podéis hablar, señor Petruccio.
- PETRUCH. Digo, pues, que la hermosura, la gallardía y la virtud de esta vuestra hija, de que os hablo, son difundidas en Pádua por las trompas de la fama, y han cautivado tales elogios mi voluntad.
- BAUT. Os doy gracias por tan favorable opinión en nombre de mi hija Blanca, que es precisamente la que acabáis de ver.
- PETRUCH. ¡Ah! Señor Bautista, esos conceptos cuadran bien á Blanca, no lo dudo; pero no es de ella de quien hablo, sino de otra hija vuestra, mayor que Blanca en edad y no menor en atractivos.
- BAUT. (Asombrado.) ¡Cómo! ¿Habláis de Catalina?
- PETRUCH. ¡Justo y cabal! ¡De Catalina hablo!
- BAUT. (A Hortensio con acento de duda.) Pero ¿habla de Catalina?
- HORT. ¡Ya lo oís! ¡Á Catalina se refiere!
- BAUT. (Con regocijo.) ¿Es esto un sueño? (Transición de pesar.) Perdonad, señor Petruccio, Catalina no os puede convenir.
- PETRUCH. ¿Que no me puede convenir?
- BAUT. Bien á pesar mío.
- PETRUCH. ¿Y á pesar vuestro? ¡No me lo explico! Pero... ¡ya adivino! Esa es una delicada manera de darme á entender que no queréis separaros de vuestra adorada Catalina. Será, como solemos decir, vuestro ojo derecho...
- BAUT. ¿Que no quiero separarme de ella? ¡Si mi temor es

que no podré casarla en toda la vida! ¡Si entrego doblado su dote al valiente que la haga su esposa!

PETRUCH. ¿Doble dote decís? ¡Oh regocijo! Pues yo soy ese valiente, yo soy el hombre que necesitáis, es decir, el que necesita Catalina.

GRUMIO. (Aparte.) ¡Cómo le ha entusiasmado lo del doble dote! ¡Es muy desinteresado!

BAUT. ¡Ah! Veo que el amigo Hortensio no os ha puesto en antecedentes!

HORT. ¡Cómo que no! ¡Sin dejar un tilde! ¡Iba yo á engañar á un amigo?—Necesito una esposa, me ha dicho.—Pues yo puedo ofrecerte una, le he contestado, que es rica, honesta, noble y hermosa, pero de un carácter insufrible. Yo la he pretendido y he tenido que renunciar á ella, convencido de que á su lado no hay paz ni reposo; de que el paraíso con ella sería un infierno horrible...

PETRUCH. ¡Esas mismas palabras me ha dicho! ¿Es cierto todo ello?

BAUT. (Con pesar.) ¡Ay! ¡Desgraciadamente, sí!

HORT. También le he dicho que amo á Blanca, que no os oponéis á tales amores; pero que no me concederéis su mano sino después de casada Catalina.

BAUT. ¡Oh! Es firme en mí tal propósito. Mi Blanca, con su bondad y su dulzura, es el único alivio que encuentran los sinsabores que Catalina, con su carácter impetuoso, me proporciona. ¡Casar á Blanca y quedarme con su hermana sería igual que regalar el bálsamo y quedarme con la herida abierta.

PETRUCH. ¿Y no habrá algo de exageración en eso, señor Bautista?

BAUT. ¡Ah, no! El cielo es testigo de todo ello. Blanca es tierna como una paloma, afable, sumisa, cariñosa; no tiene más pasión que la de la música; por eso he llamado á un afamado profesor, que es ese que la acompaña...

GRUMIO. (Aparte.) ¡Buena música celestial la enseñará el tal profesor!

- HORT. ¿Qué dice el señor Grumio?
- GRUMIO. Hablaba á solas conmigo. Soy mi propio confidente y me digo á mí mismo los secretos.
- BAUT. ¡En resumen: que no caso á la una sin casar á la otra!
- PETRUCH. ¡Bueno! Pero eso no querrá decir que me deba yo casar con las dos á un tiempo.
- BAUT. ¡Qué bromista es el señor Petruchio!
- HORT. ¿De modo que si mi amigo se casa con Catalina, me concedéis la mano de Blanca?
- BAUT. ¡Tres días después os casáis con Blanca!
- PETRUCH. (Levantándose decidido.) ¡Voto al chápuro! Pues ya estamos todos de acuerdo. Yo me caso, tú te casas, las dos mozas se casan... ¡Vaya! Podéis, señor Bautista, disponer las dos bodas. ¡Las cosas deben hacerse así: de golpe y porrazo!
- GRUMIO. (Aparte.) ¡Los matrimonios siempre son cosas de golpes y porrazos!
- BAUT. ¡Un poco de calma, señor Petruchio, un poco de calma! No estará de más que antes conozcáis á Catalina...
- PETRUCH. ¿Pero no es la que sembraba esas flores (Aludiendo á las arrojadas con ira al suelo por Catalina.) cuando nosotros llegábamos?
- BAUT. ¡La misma!
- PETRUCH. ¡Pues como si nos hubiéramos tratado toda la vida! Es hermosa, resuelta, gallarda; tiene una cara muy expresiva, unos ojos llenos de dulzura... Nada, nada, que os pido su mano.
- BAUT. (Aparte.) ¡Qué hombre tan original!
- PETRUCH. ¿Me la concedéis?
- BAUT. ¡Si lo decís formalmente!...
- GRUMIO. (Aparte.) ¡El buen señor lo ve y no lo cree!
- PETRUCH. ¡Con la mayor formalidad! Lo que hay es que yo no pierdo el tiempo en galanteos. ¿Me la negáis? pues me retiro. ¿Me la concedéis? pues á casarnos.
- BAUT. ¡Es que tampoco quisiera casarla contra su voluntad!

PETRUCH. ¿Contra su voluntad? ¿Creeis que haya mujeres que se casen contra su voluntad? ¡Nunca ha sucedido eso! Lo que hacen contra su voluntad es permanecer solteras.

BAUT. En fin... ¡procurad atraeros su afecto, y que el cielo os proteja!

PETRUCH. ¡Amén! ¡Así lo espero! Catalina es como yo: impetuosa, volcánica. Cuando dos fuegos se atraen devastan cuanto los separa. Catalina y yo tardaremos poco en formar una inmensa hoguera de pasión...

BAUT. (Aparte.) ¡No debe, estar en su cabal juicio! (Alto.) Voy á llamarla.

PETRUCH. ¡Siglos me parecen los instantes que tardo en verla!

BAUT. No vayáis á desanimaros por la primera contrariedad que os oponga.

PETRUCH. ¿Desanimarme? ¿Retroceder? ¡Ah! Señor Bautista, no me conocéis. He visto desencadenarse horrible tempestad en medio del mar; he visto encreparse las olas amenazando devorarme; han ensordecido mis oídos en la guerra el choque de las armas, los relinchos de los caballos, las blasfemias de los combatientes, el estampido de los cañones... ¿y queréis que me atemorice el ímpetu de una mujer? Dulce melodía serán para mí sus gritos y protestas. ¿Atemorizarme yo? ¿Qué te parece, Grumio?

GRUMIO. (Adelantándose con respeto.) ¡Ah! ¡Señor! Con licencia. Este amo mío es fuerte y duro como una estatua de bronce. Nada le hace mella, ni el viento, ni el frío, ni la lluvia, ni el hielo. ¿Valiente? Le he visto en el muelle de Nápoles, espada en mano, acorrallar á diez pescadores armados de cuchillos. ¡Ah! Mi señora Catalina será muy dichosa con él. ¡Muy dichosa!

PETRUCH. (Contentendo á Grumio.) Basta, basta, Grumio.

GRUMIO. Pido perdón.

PETRUCH. ¡Conque... venga, venga esa fiera, que yo me encargo de amansarla!

BAUT. (Aparte.) ¡Vaya! ¡El cielo me envía este hombre! (Alto) Voy por ella... (Hace intención de salir, pero se detiene al oír

veces de Catalina y desacordes sonidos dados con ira en el laud.)
¡Está dando la lección de música!

GRUMIO. (Aparte.) ¡Ya se conoce en la armonía! (Se oye el ruido del laud descargado sobre la cabeza de Flavio, y aparece éste con el instrumento roto en la mano y doliéndose del golpe.)

CAT. (Dentro.) ¡El diablo te lleve, musiquero insufrible!

ESCENA V

DICHOS y FLAVIO

BAUT. ¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

FLAVIO. ¿Qué ha de pasar? Que ha deshecho el laud, y casi mi cabeza.

PETRUCH. ¡Oh! ¡Así, así me gustan las mujeres!

BAUT. ¿La habéis irritado?

FLAVIO. ¡Señor, por los clavos de Cristo! ¿Qué he de irritarla yo?

GRUMIO. (Aparte.) ¡La niña debe irritarse sin auxilio de nadie!

FLAVIO. Quise colocarle sus dedos en los trastes, y le decía: «Pero si no tenéis paciencia, nunca aprenderéis á tocar». ¿Que no? ¿Que no sé tocar? ¡Mira cómo sé! Y al propio tiempo que me llenaba de injurias, me rompí el laud aquí, (Señalando la cabeza) levantándome una montaña de chichones. ¡Ay! ¡y cómo me duele!

GRUMIO. (Aparte.) ¡Mal suena la música tocada en la cabeza!

PETRUCH. ¡Ah! ¡Qué adorable mujer! ¡Qué ganas tengo de verme frente á frente con ella!

BAUT. Id, id, pobre Flavio, que os pongan bálsamo y una venda. Yo os gratificaré por ese golpe inesperado. (Se oyen nuevos gritos y golpes.)

FLAVIO. ¡No la dejéis sola con Blanca, es capaz de arremeter con ella! ¡Hoy está fuera de sí como nunca!

ESCENA VI

DICHOS; BLANCA, precipitadamente,; á seguida, CATALINA, iracunda.

BLANCA. ¡Jesús! ¡Qué mujer! ¡Es insufrible, padre mío, es insufrible!

CAT. ¡Miente en cuanto diga! Es una embustera.

BAUT. ¡Pero fiera, si no ha dicho nada la infeliz!

BLANCA. (Gimoteando.) Me ha llamado desvergonzada.

BAUT. Tú eres la mala pécora. ¿Qué has hecho con este pobre músico?

CAT. Meterle su música en los sesos.

BAUT. ¿Y te parece eso bien?

CAT. ¿Y os parece bien á vos que me deje tocar las manos, como hace con esa gatita mansa? ¡Vaya noramala!

BLANCA. ¿Pues no dice que se entretiene más con mis manos que con el laud?

CAT. Y si el señor padre no tuviera telarañas en los ojos, vería que el tal músico, en vez de darte lección, te galantea.

FLAVIO. ¿Yo? ¿Yo galantearla? ¡Eso no es cierto!

BAUT. ¡Resultará que también el músico te da celos!

CAT. ¡Qué celos he de tener yo de un guitarrista de alfeñique! ¿Creeis, por ventura, que á mí me gustan los hombres de guirlache?

PETRUCH. ¡Admirable! ¡Admirabilísima!

BAUT. (Aparte á Petrucho.) ¿Qué os parece esta fiera?

PETRUCH. ¡Ah! ¡Encantadora!...

BAUT. ¿De modo que perseveráis?...

PETRUCH. ¡Ya lo creo! ¡Hasta la duda me ofende!...

BAUT. Entonces... (Aparte.) ¡Dios nos coja confesados! (Alto.) ¡Catalina, hija mía! (Toma de la mano á Catalina para presentarla; ésta mira con arrogancia á Petrucho.) El señor Petrucho, caballero noble, rico, hijo de un antiguo amigo mío, ha venido á conocerte...

CAT. (Rápidamente.) ¿A conocerme? ¿Para qué?

- BAUT. ¡Ten paciencia! El señor Petruccio me ha hecho mil elogios de ti.
- CAT. ¡Jesús, qué novedad! ¿Elogiarme á mí?
- BAUT. ¡Y me ha pedido formalmente tu mano!
- CAT. ¡Mi mano! ¿Y para qué la quiere?
- PETRUCC. ¡Para enlazarla con la mía por toda una eternidad!
- CAT. ¿Y no habéis dicho al señor Perruchio ó Petruccio, ó como se llame, que no gusto de que se burlen de mí?
- PETRUCC. No hay tal burla, hermosa dama, y os lo demostraré si me concedéis una breve audiencia. Ruego á todos nos dejen hablar á solas unas cuantas palabras.
- BAUT. Vámonos á la habitación inmediata. Amigo Hortensio, dad la mano á Blanca.
- BLANCA. (A Catalina.) ¡Vamos! ¡No dirás que es mal mozo!
- CAT. ¡Eh! ¡Déjame en paz!
- HORT. (Conduciendo á Blanca.) ¿No os lo decía yo?
- BLANCA. Pero ¿creéis que se casarán?
- HORT. ¡Él está decidido!
- PETRUCC. ¡Grumio! Sal tú también, y espera allá fuera á que te llame. (Aparte á Grumio.) ¿Qué te parece tu futura señora?
- GRUMIO. (A Petruccio.) Á mí me parece de perlas; ¡pero á mis costillas ya no les parece lo mismo!
- CAT. (A Bautista.) Pero ¿no es una farsa todo esto?
- BAUT. No, hija, no; es cosa formal. Acuérdate de lo que te dije antes. Procura no ahuyentarlo... no tratarle con la fiereza que tú acostumbras... porque si no... ¡claus-tro para siempre!
- CAT. ¡Bueno, bueno, bueno, bueno!
- BLANCA. Venid, Flavio.
- BAUT. ¡Vamos, vamos todos!

ESCENA VII

CATALINA y PETRUCHIO

Pausa. Catalina se cruza de brazos sin mirar á Petruccio y da señales de impaciencia, golpeando con el pie en el suelo. Petruccio, á un lado, mira sonriente á Catalina y se atusa el bigote.

PETRUCH. (Acercándose lentamente.) ¡Conque vamos á ver, hermosa Cata!

CAT. (Contesta siempre nerviosamente, con algo de ira, procurando dominarse, y no consiguiéndolo á veces. Otras veces hace muecas de desdén ó de mofa.) ¿Cata?...

PETRUCH. Sí: Cata, Catina, Catala... ¿no os llamáis así?

CAT. ¡Caballero! ¡Las personas bien educadas me llaman Catalina! ¡Ese es mi nombre!

PETRUCH. ¿Las personas bien educadas? Decid más bien las que os hablan con temor, con respeto ó con indiferencia... Pero todo el que sienta por vos afecto dulce, tierna simpatía, cariño amoroso... todo el que, como yo, solicite vuestra intimidad, vuestra benevolencia... os llamaré Cata, Catina, que es nombre que sabe á gloria, á almíbar de los cielos...

CAT. ¡Parecéis un confitero!... ¡Dulce... almíbar!

PETRUCH. Pues lo diré de otro modo, hermosa mía. Cata y Catina tienen para mí significado de criatura delicada, de rostro infantil, de niña candorosa y dócil... (Mueca de Catalina.) ¡Qué mohín tan delicado y gracioso habéis hecho!

CAT. (Secamente.) ¡No sé hacer otros!

PETRUCH. ¡Ah! Con ellos me acomodo. Oid, Catalina; oid dos solas palabras. He corrido medio mundo buscando una mujer á quien hacer mi esposa. Llegué á Pádua atraído por la fama de vuestros méritos, y con ser tantos los elogios que he oído, veo ahora que anduvieron vuestros heraldos algo avaros de alabanza. Dicen que vuestro carácter es de tal naturaleza que

podéis con él hacer la felicidad de cualquier hombre. Todas estas circunstancias, aderezadas con la grata impresión que vuestra vista ha causado en mí, me han hecho exclamar desde luego: «¡Petruchio, esta mujer te conviene!»

CAT. Linda frase. «¡Esta mujer te conviene!» ¿Acaso soy yo tela de mercader para que habléis de conveniencia? «¡Esta mujer me conviene!» ¡Lo que os conviene, señor adusto, es una sogá al cuello!

PETRUCH. ¡Bueno! ¡Pues eso, en resumen, viene á ser el matrimonio!

CAT. Es que la sogá la ponen los verdugos.

PETRUCH. ¡Por eso os he elegido á vos para que lo seais mío! (Se va acercando.) ¡Y muchos galanes habrá que envidien un verdugo con manos tan delicadas y suaves como éstas! (Va á tomarle una mano y ella la retira airada.)

CAT. ¡Téngase allá!

PETRUCH. Con un talle tan esbelto y gentil. (Intenta cogerla por la cintura, y le da ella un bofetón)

CAT. ¡Tomad, por atrevido!

PETRUCH. (Va á encolerizarse y se domina.) ¡Voto á...! (Transición.) Le tomo... le guardo... y le devolveré multiplicado.

CAT. ¡Cómo! ¿Sois, por ventura, de esos hombres que azotan á las mujeres?

PETRUCH. ¡No! ¿Á las mujeres? ¡No! ¡Á la mía, nada más que á la mía!

CAT. Pues la noticia no es para que os ganéis la voluntad de nadie.

PETRUCH. ¿Tenéis miedo á los hombres?

CAT. ¡Nunca!

PETRUCH. ¡Ni yo á las mujeres! ¡Conque ya veis que somos tal para cual, y que hemos nacido el uno para el otro!

CAT. ¡Qué!... ¿Seréis capaz de insistir en vuestra empresa?

PETRUCH. (Con ímpetu y creciente energía, imponiéndose.) ¿Yo? ¡Pues ya lo creo! Soy capaz de todo. ¡No me conocéis, Catalina! (Ímpetuoso.) Mi voluntad es de hierro. Cuando me propongo una cosa, la hago, ¡pese á quien pese! ¡Ni las-

tropas de Jerjes me harían retroceder! ¿Lo oís? (Con dulzura.) Tenéis detractores; ¿quién no los tiene? Dicen que fruncís el entrecejo.... (Catalina va haciendo antes lo que indica Petrucio.) que dais pataditas en el suelo... que crispáis los puños... que sois desdenosa... que tenéis pésimo carácter...

CAT. (Iracunda.) ¡Yo mal carácter!

PETRUCH. Pero ¡no, no! se equivocan, porque sois dulce como los dátiles de la Arabia, suave como la piel del armiño, gallarda y gentil como una vara de nardo... (Se va acercando á ella, y al sentirle Catalina levanta la mano para darle un bofetón, pero se detiene.) ¡Cómo! ¡Otro bofetón! ¡No! ¡eso no! ¡no!

CAT. ¡Puesto que parece que le andáis buscando!...

PETRUCH. Lo que ando yo buscando es someteros, dominaros y... ¡ya os apresé! (La ha cogido ambas manos y la sujeta; Catalina forcejea para desasirse y no puede. Se quedan ambos mirándose de hito en hito: Petrucio con dulzura, Catalina con ira.)

CAT. ¡Soltad! ¡Soltad, os digo!

PETRUCH. ¡Quieta, fierecilla, quieta! ¡Ya eres mía! ¡Soy más fuerte que tú! ¡Más enérgico! ¡Más decidido! ¡Tienes que someterte!

CAT. ¿Y me tutea?

PETRUCH. ¡Sí, de hoy para siempre! ¡Tú eres mi amor, mi ilusión, mi entusiasmo... (La suelta.) ¡Cata, Catina mía!

CAT. ¡Vuestra conducta no es la de un caballero!

PETRUCH. (Incomodándose.) Pero es la de un hombre firme y de carácter, ¿estamos?

CAT. (Aparte.) ¡No sé qué pensar de este hombre!

PETRUCH. (Decidido.) ¡Catalina!... Te he visto, me he enamorado de ti; quiero hacerte mi esposa... ¿Me quieres como esposo?

CAT. ¡No, no; os aborrezco!

PETRUCH. (Fuera de sí.) ¿Sí? ¡Pues asunto concluído! ¡El domingo nos casamos! ¿Qué es hoy? ¿Miércoles? ¡Pues el domingo á la iglesia!

CAT. ¡Lo veremos! ¡Yo no lo quiero!

PETRUCH. Es inútil. Yo sí lo quiero, gatita montés. ¡Y será! Además, todo está arreglado. He tratado de la dote con tu padre. Ahora voy á encargár los presentes de la boda.

CAT. ¡He dicho que no quiero!

PETRUCH. Y yo digo que quiero. Pues si no fuera conmigo, ¿con quién te ibas á casar, fiera indómita? Yo te convengo, del mismo modo que tú me convienes. Lo juro por esos hermosos ojos, que despiden lumbre como dos fraguas de Vulcano. (Va á hablar Catalina y no la deja.) ¡Nada, ni una palabra! ¡Ni la menor protesta! ¡Lo quiero yo! ¡Lo quiero yo! ¡Yo, que no consiento que tengas más voluntad que la mía! (Llamando.) ¡Bautista! ¡Hortensio! ¡Grumio! (A Catalina.) ¡Ay de ti si llegas á pronunciar el no delante de todos! (Con dominio.) ¡Es mi voluntad! ¡Lo oyes? ¡Lo quiero yo! ¡Bautista!

ESCENA VIII

DICHOS; BAUTISTA, HORTENSIO, GRUMIO, BLANCA
y FLAVIO

BAUT. ¿Qué ha dicho?

HORT. ¿Acepta?

PETRUCH. (Con tranquilidad.) ¡Sin la menor protesta! ¡Con entusiasmo!

CAT. Yo...

PETRUCH. (Confundiéndola con la mirada.) ¡Basta! Ni la menor explicación. Sobre que eso no le importa á nadie, es cosa nuestra.

BAUT. Pues no tiene la cara muy regocijada.

PETRUCH. Naturalmente. El rubor. ¿Habéis visto jamás doncella que, si es casta, no enmudezca y arrugue el ceño al hablarla de amores y de casamiento?

CAT. (Aparte.) ¡Hablador!

BAUT. ¿Qué dice?

PETRUCH. ¡Nada! ¡Os parece arisca, irascible, violenta... nada de

eso! Para el hombre á quien adora es como una mantequilla... Di, Catalina; repite á los presentes todo lo que me acabas de decir. (Catalina va á hablar. Petruccio le corta la acción.) No, Catalina, no. Ni una palabra; no quiero que el natural rubor enrojezca tus hermosas mejillas. Nuestro cariño es nuestro, del uno para el otro; nadie tiene derecho á escudriñarle...

BAUT. ¿Es cierto todo eso, hija mía?

CAT. ¡Dejadle hablar á él solo! ¡Que diga cuanto quiera! ¡Eso es una taravilla, un turbión de palabras! Se cree que así va á hacerse dueño de mi voluntad...

PETRUCC. ¡Y guay del que lo dude!—Y bien, mi querido suegro, nada hay que hablar. Todo está convenido.

BAUT. ¡Sí lo está! ¡Lo está por mi parte!

PETRUCC. ¡Y por la mía!

BAUT. ¿Y por la de Catalina?

PETRUCC. ¡También, también! ¡Tengo su palabra!

BAUT. ¡Qué feliz soy con esto, Catalina mía!

CAT. (A Bautista.) ¿Sois feliz? ¿Feliz porque vais á veros libres de mí? ¿Vos? ¿Mi hermana? ¿Todos?

BAUT. ¡No, hija; no es por eso!

BLANCA. Por Dios, hermana, ¿quién te dice...?

CAT. No diréis que no soy obediente. Entre tirarme por un balcón ó casarme, prefiero esto último.

GRUMIO. (Aparte.) ¡Qué equivocada está!

CAT. Acepto. ¡Sí, me caso! ¡ó me casan!

PETRUCC. No; nos casamos...

CAT. ¡Bueno, bueno! ¡Cuanto antes; ahora mismo!

PETRUCC. ¿Veis su impaciencia? ¿Me creéis ahora?—No, Catina mía, no. Ten calma. ¡El domingo, el domingo sin falta! Preparad lo necesario, querido suegro. ¡Corred la noticia por Pádua, que todo bicho viviente lo sepa! Invitad á todo lo principal de la ciudad. Yo voy á Florencia á comprar los vestidos de la desposada. Quiero que sean ricos, espléndidos, como ella se merece. Quiero que cause envidia á todas las doncellas de la dad. ¡Grumio, los caballos! ¡Adiós, adiós todos!

BAUT. ¡Id con bien!

HORT. ¡Dios os bendiga!

BAUT. ¿El domingo?

PETRUCH. Sí, hasta el domingo. ¡Sin falta alguna, aunque se hundiera el cielo! ¡Voy loco de alegría! ¡Catina mía! (Va á abrazarla y ella lo rechaza, dando un respingo.) Querida hermana, amigo Hortensio, suegro de mi corazón, tañedor ilustre, ¡adiós, adiós! (Va á tomar una mano de Catalina para besarla y ésta le rechaza.) ¡Chist!... ¡Cuidado!... ¡Ah, sí; también eso es lo convenido! Adiós... (Desde la puerta envía con la mano un beso á Catalina y sale rápidamente, seguido de Grumio.)—*Telón.*

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Salón espacioso en el piso bajo del palacio de Petruccio. A la derecha ventana en primer término, y puerta grande en segundo término dando ambas al jardín. A la izquierda, y en primer término, gran chimenea de piedra; en segundo término puerta de entrada á la cocina y habitaciones de los criados. En el foro, y ocupando las dos terceras partes de la izquierda, corredor ó galería, á la que se sube desde escena por escalera corta, y en la galería puerta espaciosa, con vidrieras de colores, que se supone da á la alcoba nupcial de Petruccio. Mesa grande de roble en el centro, un sillón de vaqueta á cada lado, sillas alrededor de la habitación. A la izquierda, en el foro, aparador con servicio de mesa, botellas, copas, etc. A la derecha, también en el foro, mesa pequeña con los candelabros apagados. Es de noche. Al alzarse el telón da repetidos aldabonazos desde fuera Grumio al propio tiempo que llama á voces.

ESCENA PRIMERA

GRUMIO y MÓNICA

GRUMIO. (Dentro.) ¡Doña Mónica!... (Pausa.) ¡Señora doña Mónica!... (Pausa.) ¡Doña Mónicaaaa!... (Incomodado.) ¡Carape! ¡Que me estoy helando de frío!

MONICA. (Sale con un farolillo por la izquierda restregándose los ojos.) ¡Creo que han llamado!

- GRUMIO. ¡Por vida del que ató á Dios!
- MONICA. ¡Quién!
- GRUMIO. ¡Abrid con ciento cincuenta pares de demonios!
- MONICA. (Abre.) ¡Grumio!
- GRUMIO. (Remedándola.) ¡Grumio! ¿Pues sabéis que está la noche para esperar, á menos de estar enamorado, ó ir persiguiendo bolsas?
- MONICA. ¡Frío debe de hacer!
- GRUMIO. ¡Á quién se lo contáis! ¡Tengo los dedos que parecen carámbanos helados, los pies no sé de quién son, las narices están si caen ó no caen!
- MONICA. ¡Pobre Grumio!
- GRUMIO. ¿Pero dónde diablos andábais metida?
- MONICA. En la cama.
- GRUMIO. ¿En la cama, decís, y está nuestro amo á punto de llegar?
- MONICA. ¡Alabado sea Dios! ¿El señor Petruccio viene?
- GRUMIO. Antes de dos Credos y dos Sálves le tenéis aquí.
- MONICA. ¿Solo?
- GRUMIO. No, señora; con acompañamiento.
- MONICA. ¡Cómo!... ¿Viene la señora?
- GRUMIO. ¡Claro está! ¿Se la iba á dejar en Pádua?
- MONICA. Pero ¿cómo vienen?
- GRUMIO. Hasta hace poco venían, él á horcajadas sobre una sardina arenque, y ella á grupas sobre las raspas de la propia sardina. Ahora ya vienen á pie.
- MONICA. Pero ¿cómo no han avisado?
- GRUMIO. ¿Avisar? ¿Es que un amo no puede ir á su casa sino cuando sus criados lo consientan? Encended, encended lumbre cuanto antes, echad buen brazado de leña á ver si vuelvo á la vida, porque ahora me parece que estoy tan frío como mi abuela que esté en gloria.
- MONICA. Pronto habrá buena lumbre. (Echa leña y sopla el fuego.)
- GRUMIO. Y llamad á los criados todos; que se levanten, que preparen la cena, y que sea espléndida.
- MONICA. Todo se hará por sus pasos contados.
- GRUMIO. O por puntapiés contados. Con el genio que ha echado

el amo ahora, si viene y encuentra la lumbre á medio apagar y la servidumbre acostada, es capaz de irlos colgando uno á uno como si fueran moreillas.

MONICA. ¿Ha echado mal genio, dices?

GRUMIO. ¡Atroz!... ¡Huy! ¡Cómo estoy de barro!

MONICA. (Gritando á la puerta.) ¡Daniel! ¡Felipe! ¡Nicolás! ¡Gregorio! ¡Arriba todo el mundo!

GRUMIO. ¡Ah, ya se me olvidaba! Me dijo el amo que toda la servidumbre saliera con linternas á recibirle á la puerta del jardín. «Si no vienen á alumbrarme, dijo, yo les alumbraré á ellos.»

MONICA. ¿Y por qué no me lo habéis dicho antes? (Vuelve á llamar.) ¡Daniel! ¡Felipe! ¡Gregorio! ¡Nicolás! ¡Vamos, de prisa!

VOCES. (Dentro.) ¡Ya va!—¡Ya va!—¡Voy!

GRUMIO. ¿Tenéis la cama preparada?

MONICA. ¡Ya lo creo! Con un dosel de brocado enteramente nuevo. Las sábanas parecen, por lo suaves, gasas de Oriente; las almohadas son de finísima pluma, y todo perfumado de tal manera, que entrar en la alcoba nupcial es como pasar del crudo invierno á la aromatizada primavera.

GRUMIO. Falta hace todo eso, y aun puede que lo encuentre escaso el amo.—¿Y la comida? ¿Está también dispuesta?

MONICA. Ya sabéis que en esta casa siempre tenemos dispuestos los manjares como si á todas horas esperáramos al señor. No hay, pues, sino arrimar los platos al amor de la lumbre, y en pocos momentos todo está servido.

ESCENA II

DICHOS; DANIEL, FELIPE, NICOLAS y GREGORIO

Los criados entran acabándose de arreglar las ropas, otro desperezándose, otro restregándose los ojos. Daniel poniéndose un mandil blanco de cocinero.

DANIEL. ¿Pero qué pasa?

NICOLAS. ¡Calla! ¡Si es Grumio!

GREG. Grumio, ¿tú por aquí?

GRUMIO. ¿Y qué extraño es que esté yo por aquí? ¿No es esta la casa de mi amo?

DANIEL. ¡Pero como no está el amo!

GRUMIO. ¡Cómo! ¡Qué dices! El amo no falta nunca. Es como Dios, que está en todas partes. Además, va á llegar de un momento á otro.

TODOS. ¿Que va á llegar?

GRUMIO. Ni tampoco le faltan cuatro dedos para que llame á la puerta. ¿Y vais á recibirle así en vez de poneros las ropas de mayor gala?

GREG. ¡Pero si no sabíamos...! (Uno de los criados enciende los candelabros.)

GRUMIO. Y tú, Daniel, corre á la cocina, prepara la cena, porque traen detenida un hambre...

DANIEL. ¿Y viene también el ama?

GRUMIO. ¡Claro!

NICOLAS. ¡Es guapa! ¿No es verdad?

GRUMIO. No tiene comparación ni con las perlas.

MONICA. ¡Y dice que ha echado un geniecito!...

DANIEL. ¿El ama?

GRUMIO. ¡Quía! ¡El ama ya le tenía! ¡El amo, el amo!

DANIEL. ¡Conque mal genio!

NICOLAS. ¡Pobres de nosotros!

GREG. Yo por mí no lo siento, por las costillas sí.

GRUMIO. Son tal para cual. Ella es una fiera. Cuando llegamos por primera vez á su casa, estaba tirando al suelo

cuanto hallaba á mano. ¡Deben ganar una atrocidad los alfareros de Pádua!

DANIEL. ¡Y él dices que ahora es lo mismo?

GRUMIO. ¡Él? ¡Le da quince y raya! Ya no llama á los criados por su nombre, sino por apodos. ¡Pillo! ¡Belitre! ¡Truhán! ¡Renegado! Llama á los rayos y á las estrellas como si fueran sus familiares. ¡Mil rayos! ¡Cien truenos! ¡Docientas centellas! No hay administrador que le lleve la cuenta de las exhalaciones que pide.

NICOLAS. ¡Vamos, que se le ha pegado la cólera del ama!

GRUMIO. ¡Toma! ¡Lo que he dicho! que ya son tal para cual.

MONICA. Y... cuéntanos, Grumio, cuéntanos. La ceremonia sería de lo más suntuoso que puede verse.

GRUMIO. Por parte del ama sí. ¡Qué de gente! ¡Cuánta seda! ¡Cuánto terciopelo! ¡Cuánto brocado! ¡Cuánta joya! ¡Cuánto collar de perlas! ¡Qué damas tan hermosas! ¡Qué caballeros tan gallardos! Pero mi amo...

NICOLAS. Hecho una ascua de oro, ¿no es verdad?

GRUMIO. ¡Él? ¡Peor vestido que yo!

GREG. ¡Qué dices!

MONICA. ¡No exágeres!

GRUMIO. ¡Habéis visto los locos de los hospitales? ¡Una cosa parecida!

MONICA. ¡Jesús, María y José!

GREG. Pero un hombre tan rico...

NICOLAS. ¡Y tan buen mozo!

DANIEL. ¡Y tan lujoso en vestir!

GRUMIO. No sé de dónde sacó los trajes para él y para mí. Sombreros viejos llenos de plumas y cintas de mil colores, ropillas usadas, deslucidas, cada pierna calzada y vestida de distinta manera, golas arrugadas, el cabello en desorden, espadas mohosas y con más mellas que una dueña ochentona.

MONICA. Vamos, tú nos cuentas fábulas.

NICOLAS. Tienes gana de broma.

GREG. Tú exageras.

GRUMIO. ¡Digo la verdad pura! ¿Y los caballos? ¡Qué rocines tan

asquerosos! Llenos de mataduras, uno cojo, otro medio ciego, el de mi amo con un arzón lleno de polilla, el mío con albarda...

NICOLAS. ¿Pero qué se proponía con todo eso?

MONICA. ¡Que le tuvieran por loco!

GREG. ¿Y así y todo se ha casado ella?

GRUMIO. El padre estaba ya casi arrepentido. Pero mi señora, que protestaba de que la casaban á la fuerza para deshacerse de ella, contestaba: «¿No es ese el marido que me destináis? Pues así le he de tomar, como se toma »la jalapa y el ruibarbo.»

MONICA. ¡Qué sucesos tan extraños!

DANIEL. Parecen cuentos de viejas.

FELIPE. O historias de hace siglos.

GRUMIO. El amo gritaba: «Pero ¿va mi Catalina á casarse conmigo ó con mi ropa? ¿Tengo yo culpa de que mi sastre se haya retrasado? ¿No soy rico? ¿No soy noble?...» Y cogiendo del brazo á la novia, echó á andar á la iglesia. ¡Allí... nueva algarada!

MONICA. ¡Dios nos asista!

GRUMIO. Con solo el recuerdo me dan ganas de atracarme de risa. Al preguntar el cura si la quería por esposa, contestó él. «A no quererla, ¿hubiéramos venido aquí?» Y abrazándola la dió un beso en la frente. Así. (Imitando la acción con Mónica.)

MONICA. (Rechazándole.) ¡Arre allá!

NICOLAS. ¡Qué atrevimiento!

GREG. ¡Qué locura! ¡No está sano, no!

GRUMIO. ¡Santo Dios la que se armó!

MONICA. ¡Ya, ya se supone!

NICOLAS. Nos lo figuramos como si lo viéramos.

GRUMIO. Llegamos á casa y todo estaba preparado para una espléndida fiesta. Grandes mesas, suculentos manjares, odres rebosando de ricos vinos, dulces y frutas de lo mejor que Dios cría. En esto se da la voz de: «¡Á la mesa, señores!»—«¡Id en buena hora y solazaos!»—exclama el amo.—«¡Comed, bebed, bailad, emborra-

chaos todos si queréis... mi esposa y yo nos vamos.»—
«¿Cuándo?»—«¡Ahora mismo!»—Asombro general.

NICOLAS. ¡No es para menos!

MONICA. ¡No cabe duda, ha perdido el juicio!

GREG. ¡Ó le has perdido tú!

NICOLAS. ¡Ó mientes mucho!

GRUMIO. Juro que digo verdad.

MONICA. ¿Un nuevo escándalo?

GRUMIO. Mayor que los anteriores. Todos gritaban. Nadie se entendía. (Imitando diferentes tonos de voz.)—*La novia*: Yo no me voy.—*Mi amo*: Iréis por fuerza.—*El padre*: Es mi hija.—*Mi amo*: Ya no es nada vuestra, es toda mía; me pertenece como me pertenecen mis caballos, y mis castillos, y mis perros, y mis espadas, y mis botas.—*Unos*: Detenedle.—*Otros*: Amarradle.—*Mi amo gritando*: ¡Grumio, vámonos; defiende la retirada!—Y cogiendo en brazos su esposa, sale por una puerta; cierro yo el paso á los demás haciendo molinetes (Ademán de manejar la espada.) y montando en los rocines echamos á correr.

GREG. ¡Qué viaje tan precipitado!

DANIEL. ¡Y cuánta peripecia!

NICOLAS. ¡Y cuánta extravagancia!

GRUMIO. Salimos al campo, comenzó á llover y comenzamos á empaparnos de agua. La noche es oscura como el pensamiento de un usurero. Hemos caído en un barrizal todos revueltos; los caballos han echado á correr por el campo espantados. Los amos han entrado en una posada para limpiarse el barro, y yo, hambriento, molido, sin haber probado un vaso de vino desde ayer, me he adelantado para anunciaros la llegada. ¡Dadme por Dios con que remoje el gaznate!

NICOLAS. (Le dan vino.) ¡Pobre Grumio!

MONICA. ¿Y dices que ella es guapa?

GRUMIO. ¡Oh! Á mí me parece más hermosa que una pierna de carnero asada.

MONICA. ¿Y dices que el padre...?

GRUMIO. Doña Mónica, por Dios, no más preguntas, que no soy nigromante ni vos inquisidor del tribunal. (Aldabonazos fuera.) ¡Ya está ahí! Ahora vais á ver reunidas todas las furias en un solo montón.

ESCENA III

DICHOS; PETRUCHIO y CATALINA

PETRUCH. (Dentro dando un aldabonazo.) ¡Canallas! ¡Abrid pronto!

TODOS. ¡Dios nos socorra!

DANIEL. Yo me refugio en la cocina. (Vase corriendo.)

PETRUCH. Abrid ¡voto á bríos!

NICOLAS. (A Gregorio.) ¡Abre tú!

GREG. (A Nicolás.) ¡No, tú!

MONICA. ¡No! ¡Ve tú, Grumio, que estarás más hecho á esas nuevas mañas!

GRUMIO. ¡Yo voy!

PETRUCH. Abrid, ¡por vida de...! (Abre Grumio. Entra Petruccio con los ojos saltones, mirando á todas partes y amenazando con el látigo. Catalina le sigue dando muestras de gran cansancio y abatimiento, todos se retiran á la izquierda, arrimándose al muro y á los muebles para resguardarse, quedando inmóviles y con la mirada baja.) ¡Picadillo he de hacer de todos vosotros! ¡Belitres! ¡Perros! (Transición muy notable, como siempre que se dirige á Catalina.) ¡Entra, Catalina mía, amor mío! ¡Entra sin temor alguno!—¿Es esta la manera que tenéis de esperar á vuestros amos? ¡Ni uno solo á recibir á vuestra señora, á la dulce compañera de vuestro señor! ¿Dónde está Mónica? ¿Dónde está esa vieja dormilona?

MONICA. (Adelantándose sumisa.) ¡Señor... esperando vuestras órdenes!

PETRUCH. ¡Quítate de mi vista! (Mónica se refugia en un rincón.) ¿Dónde están esos truhanes? ¿Donde están Nicolás, Gregorio, Felipe?...

LOS TRES. (Timidamente.) ¡Señor!

PETRUCH. ¡Ah, perros! Os voy á dar una somanta de azotes para que tembléis por algo. Mucho miedo y poca vergüenza es lo que tenéis vosotros.—¡Estoy abochornado! ¡Catalina de mi vida, abochornado! ¡Yo que te había preparado un recibimiento como para un emperador romano!...—¿Dónde está ese animal de Grumio?

GRUMIO. (Saliendo de un rincón.) ¡Señor! ¡El animal está aquí!...

PETRUCH. ¡Voy á hacer que te corten el pelo con guadaña!

GRUMIO. ¡Señor!... ¡Compasión!

PETRUCH. ¿No te envié con orden de que esos ganapanes salieran á recibirnos con blandones?

GRUMIO. (Murmurando.) (¡Como así sólo se recibe á los difuntos!)

PETRUCH. ¿Y aún gruñes? ¿No te dije que al llegar nosotros se oyeran armoniosos sonidos de chirimías y atabales?

GRUMIO. Señor, las chirimías están sin lengüeta.

PETRUCH. ¡Así os vais á quedar todos en esta casa, sin lengüeta! ¿Y por qué no salisteis á la puerta del jardín á vitorearnos? A gritar: ¡Viva nuestro amo! ¡Viva nuestra hermosa señora! ¡Dios los bendiga!

GRUMIO. Eso aún tiene enmienda. (Haciendo señas á los demás para que vitoreen, lo cual hacen con voces tímidas y destempladas.) ¡Viva nuestro señor!

LOS TRES. ¡Viva nuestro señor!

GRUMIO. ¡Viva nuestra hermosa señora!

LOS TRES. ¡Viva nuestra señora!...

PETRUCH. Basta, canallas, basta, que parece que os sacan la voz del cuerpo con un zaque.

GRUMIO. Señor, se habrán acatarrado algo, ¡como han estado esperándoos al aire libre y la noche no es muy plácida que digamos!...

PETRUCH. ¡Basta de explicaciones! (A Catalina.) ¿Quieres algo, amor mío? ¡Pide, pide cuanto quieras! Aquí, tú mandas, tú reinas, tú imperas, lo mismo que en mi corazón.— ¡Doña Mónica! Acudid al ama, servidla, despojadla de lo que le estorbe...

MONICA. (Acercándose.) Señora... Queréis...

CAT. (Irascible.) ¡Que me dejéis en paz es lo que quiero!

GRUMIO. (¡Es como una miel!)

PETRUCH. ¡No te incomodes, lucero mío, no te incomodes; siéntate, descansa, ya hemos llegado por fin! ¡Debes de estar rendida, pobrecita mía! ¡Qué caballos, qué camino, qué lluvia, qué barro y qué batacazo! Pero ya hemos llegado, ya podemos descansar. ¡Bien venida seas, mujercita mía! (Va á hacerla una caricia y le rechaza. El se vuelve rápidamente á Grumio.) ¡Grumio! ¡Ven aquí, ganapán! ¡Quitame el calzado! (Se sienta en un sillón. Grumio se arrodilla delante para descalzarle.)

CAT. (Dejándose caer en una silla.) ¡Ayyy!...

GRUMIO. ¡Pobrecita mía! ¡Rendida, rendidita! ¡Claro, una legua á pie, barro hasta la rodilla! Pero ya estamos en casa, Catina mía, en el castillo de mis antepasados, que desde ahora son antepasados tuyos. ¡Qué recuerdos tiene para mí este castillo! ¡Aquí pasé mi niñez, aquí me crié, aquí cantaba y retozaba yo cuando niño! Qué tiempos aquellos... (Canturrea entre dientes una copla con monotonía dormilona é insufrible, sin música determinada. El canturreo se repite cuando le parece; Catalina demuestra con movimientos la repulsión que le produce el canto.)

Buscando... buscando...
hallé en la ribera...
una hermosa niña...
con cara de cera...

¡Grumio! ¡Qué haces ahí, estúpido! ¡Es que no acabas de quitarme la bota, ó te has dormido?

GRUMIO. ¡Señor, es que la hebilla...!

PETRUCH. Pero ¿es que quieres sacarme la bota con pie y todo? (Grumio da un tirón y cae rodando con la bota en la mano al esfuerzo que ha hecho.)

GRUMIO. (Levantándose.) Señor, es que...

PETRUCH. (Indignado y en pie.) ¡Cómo, miserable, puerco! ¡Te atreves á replicarme? ¡A replicar á tu amo? ¡Al que te paga? ¡Mira no coja esa bota y te la haga tragar sin mascarla!...

CAT. (No pudiendo contenerse.) ¡Tened compasión! ¡Estará rendido por la fatiga!

PETRUCH. ¿Rendido? ¿Rendido de qué? ¿De andar? ¿No anduve yo tanto como él? ¿Y yo estoy rendido? No, hija mía, no. Tú eres demasiado buena, demasiado sensible, demasiado compasiva con tus criados. ¡Yo lo he visto ya en tu casa! Tienes con ellos demasiadas contemplaciones... pero esas dulzuras no las consiento yo aquí. (Vuelve á sentarse y Grumio se arrodilla de nuevo.) ¡Descalza este otro pie!—Es decir, cuando digo mi casa, quiero decir la nuestra, porque este castillo es ya tan tuyo como mío, Catina de mi corazón... (Canta.)

Una hermosa niña...

con cara de cera...

Supongo que te gustará esto, Catala mía. Ya lo verás todo cuando amanezca; el campo es hermoso, el horizonte risueño, el aire es puro y sano, el ambiente perfumado por las flores. (A Grumio, encolerizado.) Pero ¿acabas ó no? ¡Así se hace! (Se acaba él mismo de quitar la bota. Grumio se levanta y retrocede temeroso. Petruccio le tira la bota, muy iracundo.) ¡Toma, canalla! ¡Para que aprendas á descalzarme! ¡Mis zapatillas! ¡Corriendo, mis zapatillas! ¡Vamos, que se me enfrían los piés! ¡Y agua en una zafa!

GRUMIO. ¿Agua para los piés?

PETRUCH. ¡Agua para las manos, zapatillas para los piés, animal!

GRUMIO. (A Mónica, que sale corriendo.) ¡Las zapatillas! (A Nicolás.) ¡Agua en la zafa! (Sale Gregorio y vuelve.)

PETRUCH. ¡La cena, que sirvan la cena! (Los criados colocan en la mesa mantel, vasos, platos, jarros, un candelabro, etc. Catalina bosteza.) ¡Claro, la debilidad! Lo comprendo, vida mía, lo comprendo.—¿Pero no parecen mis zapatillas? ¡Qué casa, qué desorden!

MONICA. (Volviendo corriendo con las zapatillas.) ¡Aquí están, señor!

PETRUCH. (Se las quita con ira de la mano y se las calza él mismo.) ¡Ven-ga, no servís para nada! ¡Os estáis embobando todos! (Mónica ayuda á preparar la mesa para cenar.) ¡Tu criada, Ca-

tina, es un poco vieja y torpe, pero... yo te buscaré otra joven, ágil, hermosa... ésta no es más que interina! (Canta indiferente, aparentando calma.)

una hermosa niña...
con cara de ceca...

(Nicolás trae zafa y agua, y al presentarla á Catalina le llama Petrucho y se lava.) ¡Eh! antes soy yo que nadie. ¿Dónde está Atila?—Ya verás, Catina mía, ya verás qué perro tan hermoso. ¡Oh, te va á gustar mucho!—¿Dónde está Atila? ¡Vale más que todos estos animales juntos! ¡Que venga Atila!

MONICA. ¡Señor! ¡Está atado á la cadena y durmiendo!

PETRUCH. ¡Ah! ¡Dejadle, dejadle que duerma! ¡También los perros son prójimos nuestros! Hay que ser bondadosos para todo el mundo. (A Nicolás.) ¡Ahora á tu señora! ¡Lávate, Catina mía!—¡Esa cena! ¿Viene hoy esa cena? (Al presentar Nicolás á Catalina la zafa, tropieza, cae y rueda la jofaina, manchando el vestido de aquélla.)

CAT. (Indignada.) ¡Imbécil! ¡Estúpido! ¡Torpe! ¡Animal!

NICOLAS. ¡Perdonad, señora! Yo...

PETRUCH. ¡Dale media docena de puntapiés! ¿Cuándo van á aprender estos truhanes á servir á sus amos?

CAT. (Colérica.) La culpa, en parte, la tenéis vos.

PETRUCH. ¿Yo? ¡Yo la culpa! ¿Por qué?

CAT. ¡Los tenéis asustados á todos!

PETRUCH. ¿Yo? ¿Asustados á todos yo? ¿Te he asustado yo á ti? (A Nicolás.)

NICOLAS. (Tristemente.) ¡Sí... se...ñor!...

PETRUCH. ¡Ah! ¿Conque yo soy un verdugo? ¿Conque asusto á la gente? ¡Pues toma, para que se te vaya quitando el susto! (Le da un puntapié.) ¿Y á ti también te asusto? (A Gregorio.) Di, ¿también te asusto?

GREG. ¡Quiá, no, señor! ¡A mí no!

PETRUCH. ¿Que no?

GREG. ¡Yo no me asusto por tan poco!

PETRUCH. ¿Conque tú no te asustas? ¿Tú no tienes respeto ni

temor á tu amo? ¡Pues ahora mismo á la calle! ¡Fuera de aquí! No te quiero en mi casa.

GREG. (Humildemente.) Señor...

PETRUCH. ¡Fuera he dicho! (Vase Gregorio.) ¡Ah! Si pudiera uno pasarse sin criados, viviría por lo menos tranquilo. ¡Bien dicen que los criados son los mayores enemigos que tenemos!—Esa cena, ¿viene ó no viene? (Los criados sirven la mesa.) ¡Vamos, amor mío, encanto de mi vida!

Una hermosa niña...
con cara de cera...

(Se sientan á la mesa. Petruccio, frente al público. Catalina á su izquierda.) Bendita sea la hora, Catalina de mi corazón, en que por vez primera vamos á compartir la mesa y el pan, á beber en un mismo vaso para que se unan y fundan nuestras almas. (Catalina va á servirse la comida con voracidad y Petruccio la detiene.) ¡No, amor mío, no! ¡Espera, espera un poco!

CAT. ¿Por qué? ¡Tengo hambre!

PETRUCH. Falta el *Benedicite*. Yo nunca acostumbro á comer sin decirlo. Todos los días viene el cura de la próxima iglesia á decirle.—Mónica, ¿cómo no ha venido el padre Fulgencio? ¿Dónde está?

MONICA. ¡Señor, se habrá ido á acostar! ¡Como ya no os esperábamos hoy! (Catalina vuelve á hacer intención de servirse, y Petruccio la detiene de nuevo. Catalina da frecuentes muestras de impaciencia.)

PETRUCH. ¡Espera, Catalina mía, espera! Yo diré el *Benedicite*. (Recita entre dientes una oración, y al final bendice la mesa y se santigua. Los criados también.) ¡Amén! ¡Ea, á comer! (Se sirve Catalina. Apenas ha puesto la carne en su plato la toma Petruccio y la examina, montando en cólera.) ¡Qué es esto! ¡Qué comida es esta!

CAT. Tiene trazas de estar bueno.

PETRUCH. ¿Bueno? ¿Esto bueno? ¡Daniel! ¿Dónde está ese perro de cocinero? ¡Daniel!

DANIEL. (Apareciendo temeroso y quedándose á dos pasos de la puerta.)
¡Señor!

PETRUCH. ¿Qué es esto?

DANIEL. Carnero asado.

PETRUCH. ¿Asado? ¿Á esto se llama asado? ¡Retestinado, quemado, carbonizado digo yo que está!

DANIEL. ¡Señor! ¡Yo he sido cocinero de un canónigo, y nadie me va á la mano en asar carne!

PETRUCH. ¿Y el canónigo reputaba como asado la madera de roble? ¿Es comestible una carne con la cual se puede descalabrar á una persona?

DANIEL. ¡Tanto como descalabrar!

PETRUCH. ¡Descalabrar, sí tal, descalabrar! ¿Lo ves? (Le tira la carne á la cabeza y luego el plato, después la fuente en que se ha servido. Mónica pone nuevo plato á Catalina.) ¿Lo ves... lo ves? ¡Ahí lo tienes! Cocinero de canónigo, envenenador de gente noble.

CAT. ¡Á mí me parecía que estaba buena!

PETRUCH. ¡No tal; no lo estaba! Eso era indigno de ti, que mereces que los ángeles del cielo te sirvan comida de dioses.—¡Ah! Yo haré andar derechos á estos ganapanes; pillos, más que pillos.—Toma de eso, Catala mía... es decir, si eso puede tomarse...

CAT. ¡Huele bien! ¡Tiene exquisito aroma!

PETRUCH. Á mí no me huele bien. (Toda la fuente de la comida la huele, la examina, la revuelve con el tenedor.) ¿Qué es esto?

DANIEL. Menestra á estilo de Módena.

PETRUCH. ¿Menestra? (Vuelve á oler.) ¿Qué has echado aquí?

DANIEL. (Con vanidad.) Jamón excelente, alcachofas tiernas, habas, guisantes finos, zanahoria...

PETRUCH. ¡Aquí no se ve nada de eso! ¡Eso es una bazofia asquerosa, impropia de nosotros!

DANIEL. ¡Señor, está guisada con todo esmero!

CAT. Á mí me huele muy bien.

PETRUCH. ¡Que no! ¡Digo que no! ¡Todo el mundo quiere contrariarme! ¿Quieren que se me suba la sangre á la cabeza? ¡Al diablo la bazofia! (Tira el plato.) ¡Al diablo todo! (Tira del mantel y cae rodando todo; Daniel sale huyendo, Mónica y los demás criados recogen las cosas del suelo.)

CAT. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué hombre!

MONICA. ¡Pero este señor se ha vuelto loco!

PETRUCH. ¡Bribones, renegados, tunantes! ¡Qué manera de recibir á vuestros amos? ¡Mal servicio, mala comida, contestaciones altaneras!... Y para postre, tenemos que acostarnos con la tripa vacía, después de no haber probado bocado en todo el día. ¡Como la comida de mañana no esté bien cuidada, vuestros higadillos en salsa me comeré yo!

CAT. Pues á mí me parecía la comida bien.

PETRUCH. Á ti sí, porque eres afable y buena y tienes interés en ganarte la voluntad de ellos; pero yo no; yo me pongo en lo justo y sé que todo era una porquería.—Además, los médicos me han ordenado que no coma la carne muy pasada, porque eso excita el hígado, irrita el vientre, desarrolla la bilis.

CAT. ¡Pero he de acostarme sin cenar?

PETRUCH. ¡Ya lo ves! Esa es la obra de esos condenados.—¿Lo veis? ¿No os da vergüenza de que vuestra señora se tenga que acostar sin cenar?...

CAT. Pero yo tengo hambre...

PETRUCH. Lo creo, hija mía, lo creo; pero hay que esperar á mañana.

CAT. ¿Á mañana? ¡Yo quiero comer ahora!

PETRUCH. No puede ser; mañana, hija, mañana.

CAT. ¡Siquiera un pedazo de pan!

PETRUCH. El pan cría lombrices. ¡Comer pan solo! ¡Una dama como tú!

CAT. ¿Y me he de acostar así?

PETRUCH. ¡Qué remedio! ¿No dicen que el sueño alimenta? Pues á alimentarse durmiendo. ¡En cuanto te duermas, no sentirás el hambre! ¡Ya ves! Yo también ayuno lo mismo que tú.

CAT. ¡Esto es una horrible tiranía!...

PETRUCH. ¡Mónica! ¿Está la alcoba dispuesta?

MONICA. Todo está preparado.

PETRUCH. ¿Hay luces?

MONICA. Ahora se pondrán. (Llamando.) ¡Nicolás, Gregorio, Felipe; luces para los señores! (Toman los criados los candelabros, colocándose escalonados para que pasen los amos. Luego entran con ellos, dejan las luces dentro y vuelven á escena, cerrando la puerta.)

PETRUCH. ¡Vaya, apóyate en mi brazo, y á acostarnos! Pide á Dios que nos dé un sueño reposado y tranquilo, como compensación á las molestias del día. (A Mónica, que se dispone á seguirlos.) No, no nos haces falta, Mónica; esta noche yo seré la doncella de mi esposa. ¡Acuéstate, acostaos todos! ¡Buenas noches!

TODOS. ¡Buenas noches!

ESCENA IV

GRUMIO, MÓNICA, DANIEL, FELIPE, NICOLÁS y GREGORIO

Pausa. Se miran unos á otros.

GRUMIO. ¡Echemos un trago á su salud! (Coge un jarro del aparador y un vaso y beben todos mientras hablan.) Conque ¿qué me decís del geniecito que ha echado el amo?

MONICA. Está insufrible.

DANIEL. Yo no puedo aguantarle. Si mañana hace con la comida lo que ha hecho hoy, me marchó.

NICOLAS. Y si á mí me da otro puntapié como el de antes, tampoco duermo en casa.

GREG. ¡Parece mentira lo que ha cambiado!

DANIEL. Y eso, ¿por qué habrá sido?

GRUMIO. En mi concepto, todo es pasajero. Yo creo que él finge todo cuanto hace á fin de que ella, que tiene un genio de dos mil demonios, crea que el genio de él es mucho peor.

DANIEL. ¡Ya lo creo que lo es!

GRUMIO. En cuanto ella se haya amansado, él recobrará su buen humor y su carácter bondadoso de siempre.

MONICA. Bueno, pero mientras tanto...

GRUMIO. Hay que tener paciencia.

DANIEL. Y buenas costillas...

ESCENA V

DICHOS y PETRUCHIO; después, CATALINA

PETRUCH. (Dentro y gritando.) ¡Digo que no, que no; que esto ya no se puede aguantar; infames, canallas!... ¡Doña Mónica!...

GRUMIO. ¡Ya vuelve el nublado!

DANIEL. ¡Otra vez se armó la danza!

PETRUCH. (Dentro.) ¡Doña Mónica!...

MONICA. ¡Ay, me llama; pero yo no subo!...

PETRUCH. (Apareciendo en la puerta.) ¡Doña Mónica!

MONICA. (Asustada.) ¡Señor!

PETRUCH. ¿No oís que os llamo?

MONICA. Estaba distraída.

PETRUCH. ¿Á esto que habéis preparado se le llama cama?

MONICA. Señor, es lo mejor que hay en la casa.

PETRUCH. Esto es una pocilga, un dormitorio de cuartel.

MONICA. Parece imposible que digáis...

PETRUCH. No hay mesón de carretera que no tenga camas mucho mejores. (Entra en la alcoba y va sacando y tirando con violencia las prendas que dice.) ¿Esto es una almohada, ó un saco de arena?

MONICA. ¡Es imposible darle gusto!

GRUMIO. ¡Ya os lo dije!

PETRUCH. ¿Es esto sábana, ó paño asqueroso de cocina? ¿Es esto colchón, ó potro de tormento?... (Los criados recogen las prendas arrojadas y huyen con ellas.)

GRUMIO. (A Mónica.) Pues estos no son más que los truenos. Ahora bajará y veréis qué tempestad descarga.

MONICA. ¡No me cogerá á mí aquí!

GRUMIO. ¡Ni á mí! (Vanse los dos.)

ESCENA VI

PETRUCHIO y CATALINA

PETRUCH. (Bajando á escena, conduciendo de la mano á Catalina.) No, Catalina; no, amor mío, no los disculpes, porque son unos truhanes. ¡Á todos los voy á poner en adobo!

CAT. (Rendida y asustada.) ¡Dios mío, Dios mío, qué salvaje me habéis dado por esposo, Dios mío!

PETRUCH. ¿Dónde se ha visto cosa igual? En la casa más rica y más bien abastecida de la población hacer una cama que no la tiene peor un belitre de galeras.

CAT. ¡No parecía tan mala!

PETRUCH. Infernal, amor mío, infernal.—¿Y para ti, á quien quiero con todo mi espíritu y toda mi voluntad? Para ti, á quien quisiera yo ofrecer un lecho de plumas de ruiseñor, aromatizado con los más exquisitos perfumes de la Arabia? ¡Ah, me la han de pagar esos bribones, ó dejo el nombre que tengo y la sangre que llevo en las venas! Ven aquí, dueña de mi corazón, reina de mis amores, encanto de mi vida. Reposa en este sillón, junto al fuego, mientras traigo á esos ganapanes y les obligo á que nos hagan una cama digna de nuestros cuerpos. ¡Siéntate! (La acompaña á un sillón, que coloca junto á la chimenea.)

CAT. ¡No puedo más!

PETRUCH. El día menos pensado los cuelgo de las almenas como racimos de uva en despensa.

CAT. Señor, tened compasión de ellos. ¡Yo no me quejo!

PETRUCH. ¿No? ¿Estás bien... Catalina mía?

CAT. ¡Muy bien!

PETRUCH. Tendrás frío, voy á abrigarte con mi capa. (Lo hace.) ¡Ajajá! ¿Y ahora?

CAT. ¡Bien, muy bien! (Se arrebujá y se va quedando dormida).

PETRUCH. ¿Y contenta?

CAT. (Con asentimiento forzado.) Sí, contenta.

PETRUCH. Y al lado de tu Petruchio, que se considera el más feliz de los hombres con ser tu esposo.

Buscando... buscando...

hallé en la ribera...

una hermosa niña...

con cara de cera...

Pero no hay bien ni mal que cien años dure. Ya nos instalaremos, ya lo pondremos todo en orden; ya reemplazaremos por otros criados los que no hagan las cosas á nuestro gusto. Aquí hemos de ser felices, á pesar de todos los pesares... muy felices... muy... (Se aproxima cautelosamente á Catalina, y al observar que duerme anda de puntillas y habla en voz baja lo que queda del parlamento.) ¡Al fin cayó rendida, no podía ser menos! ¡Pobrecita mía! ¡Pero es fuerte, es resistente!...—Yo estoy tronchado. Si esto dura un poco más, no hubiera podido seguir la farsa... ¡Pobrecita mía, con qué gusto ha cogido el sueño! ¡Ni una carreta la despierta ya!—¡Y es hermosa! ¡Ah, una vez amansada, me hará feliz; pero hasta tanto, hay que ser tenaz con ella. Si levanta la voz, yo escandalizaré; si se exalta, yo rugiré como un huracán; si tira un plato al suelo, yo seré el exterminador de todo lo que me rodea... ¡Sí, para amansar estos caracteres, no hay como el sueño, la fatiga y el hambre!... Pero como yo no necesito someterme á ese sistema, porque ya estoy amansado, voy á dar al cuerpo algo de lo que pide... (Apaga todas las luces, menos una que coloca en la mesa. Busca en el aparador y lleva á la mesa algunas viandas y se sienta á comer.) Vino... un trozo de pernil crudo... queso. Hagamos por la vida. (Arrullando á Catalina.)

«Duérmete niña, duerme,
que viene el coco...»—*Telón.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior.

ESCENA PRIMERA

GRUMIO y CATALINA

Grumio está sentado roncando en un sillón, y apoyado en la mesa. Pausa. Aparece Catalina por la puerta del foro, la que abre y cierra sigilosamente. Baja lentamente por la escalera, y se acerca despacio y de puntillas á Grumio, al que despierta primero con cuidado, y finalmente con una sacudida nerviosa.

CAT. (En voz baja.) ¡Grumio!... ¡Grumio!... ¡Grumio!... Está como un poste... ¡Grumio!

GRUMIO. ¡Ay! ¡Voto á sanes! ¡Qué sacudidas! ¿Creéis que soy algún ciruelo, y me sacudís para que suelte el fruto?

CAT. ¿Y tu amo?

GRUMIO. Salió al jardín á hacer saltar á Atila y á entretenerse con él.

CAT. (Con dulzura.) ¡Grumio! ¡Ten compasión de mí!

GRUMIO. Eso poco trabajo me cuesta. Haceos cuenta de que os compadezco mucho y de prisa.

- CAT. ¿Quieres hacerme un favor?
- GRUMIO. No siendo comida, ó cosa que lo parezca, pedid aunque sea la sangre de mis venas.
- CAT. ¡Grumio! Estoy muerta de hambre.
- GRUMIO. ¿Muerta? ¿Y qué queréis? ¿Que os rece algún rosario?
- CAT. No; quiero que me des de comer algo... ¡sea lo que sea!...
- GRUMIO. (¡Pobrecilla! ¿Cuándo la levantarán el ayuno?)
- CAT. Es atroz lo que tu amo hace. ¡Casarse conmigo para matarme de hambre!
- GRUMIO. No es posible que mi amo tarde mucho en alzaros la penitencia.
- CAT. Bien, Grumio, pero yo no puedo resistir más. Quiero comer cualquier cosa, lo que encuentres á mano, y sin que nadie se entere.
- GRUMIO. ¡Vaya! No quiero que creais que no merezco el regalo que me habréis de hacer en celebración de la boda.
- CAT. ¡Un traje nuevo te he de regalar!
- GRUMIO. Pues ya me habéis conquistado, porque yo, por la buena, soy mejor que el buen pan.
- CAT. ¡Date prisa, Grumio!
- GRUMIO. Daré una vuelta por la cocina y haré oficio de perro que vive del descuido.
- CAT. No te detengas... (Grumio va á salir y vuelve desde la puerta.)
- GRUMIO. ¿Queréis que os traiga, si topo con ella, unas cuantas rodajas de una longaniza especial que hacen en casa y que está curada al humo?
- CAT. Sí tal. ¡Es de mi agrado!
- GRUMIO. Pero está sin cocer.
- CAT. ¡No importa!
- GRUMIO. Pero importa que no os haga daño, y luego paguen mis costillas vuestros retortijones. Mejor será que os traiga una loncha de magro, que si es del que ayer vi colgado, como si estuviera en la horca, es muy superior.
- CAT. ¡Bueno! ¡Venga! Ya se me hace agua la boca
- GRUMIO. (Va á salir y vuelve.) Aunque he oído decir que toda

carne de cerdo es indigesta, y por eso no la comen los moros.

CAT. ¡No te pares en eso, que nosotros somos cristianos!...

GRUMIO. ¡No, no! Mejor será que traiga un trozo de vaca asada de la que ayer sobró. La vaca asada, en fiambre, y acompañada de un vaso de vino, es cosa riquísima.

CAT. Tienes razón. La vaca asada es cosa en extremo sabrosa. Trácela.

GRUMIO. Os advierto que está muy cargada de pimienta.

CAT. ¡Que lo esté! (Comienza á incomodarse.)

GRUMIO. ¡Y que la pimienta irrita!...

CAT. ¡No te dé cuidado!...

GRUMIO. ¡Guarda, guarda! Mejor será un trocito de queso!...

CAT. (Alzándose airada.) Pero truhán, ¿te estás burlando de mí?

GRUMIO. ¡Señora!...

CAT. ¡Ni una palabra más! ¡Soy tu señora!

GRUMIO. ¡Es cierto!

CAT. ¡Mando en tí! ¡Tienes que obedecerme! Y te mando que me traigas comida, si no quieres que te rompa esta silla en las costillas. (Hace intención de coger una silla. Petruccio que entra al propio tiempo, ve la acción.)

ESCENA II

DICHOS y PETRUCHIO

PETRUCH. ¡Eh! ¡Eh! ¿Qué es eso? (¡Pobrecilla, aún tiene resabios de levantisca!)

GRUMIO. Señor, es que...

CAT. No, no le creáis, Petruccio. Creí que no me guardaba las consideraciones debidas, y quería castigarle... pero no, no, ¡le perdono!

PETRUCH. (Ya es una ventaja.)

GRUMIO. Pues, señor, la verdad por delante. (Catalina le hace señas para que no hable.) La señora me pedía que le buscara comida, fuera lo que fuese.

PETRUCH. ¿Y te resistías, ganapán? ¿No sabes que aquí no hay más voluntad que la de mi señora Catalina? ¿Que la debes ciega obediencia? Ve, ve á buscar la comida que te pide... (Aparte á Grumio.) ¡Y como la encuentres, esta noche dormirás ya sin orejas!

GRUMIO. ¡Ah! ¡No, dormiré con ellas, porque sin ellas no podría dormir! (Vase hacia la derecha.)

PETRUCH. Mira, Catala, mira...

CAT. ¿Qué es?

PETRUCH. Una lechuga de las que cría la huerta de casa. Son en extremo sabrosas.

CAT. ¡Dejádmela ver! (La toma y comienza á comer, una por una, las hojas con voracidad.) ¡Sí que lo son!

PETRUCH. Tienen fama en este término por lo jugosas, lo tiernas, lo frescas...

CAT. Hay motivo para que las elogien.

PETRUCH. Pero ¿te gusta así? ¿Sin aderezo alguno?

CAT. ¡Oh! ¡Refrescan mucho la sangre!

PETRUCH. ¡Pues yo haré que te traigan un brazado de ellas. Aquí sólo las comen los conejos y las cabras; eso sí, se hartan de lechuga.

CAT. ¡Dichosos animales!

ESCENA III

DICHOS y GRUMIO; después, el SASTRE, acompañado de dos mozos que, en canastos, traen los trajes, sombreros, etc.

GRUMIO. ¡Señor!

PETRUCH. ¿Qué hay?

GRUMIO. Ahí traen los trajes que encargásteis para mi ama.

PETRUCH. ¡Ah! ¡Bueno! Oye. (Le da instrucciones á Grumio, que hace con la cabeza signos de conformidad.) ¡Di que pasen!

GRUMIO. ¡Pasad, pasad! (Entran)

PETRUCH. Veamos esas prendas, y digan ellas si, en efecto, sois tan diestro como asegura la fama.

SASTRE. No hay princesa que use telas más hermosas ni prendas mejor construídas. El precio ya lo dice.

PETRUCH. Veamos.

SASTRE. ¡Mirad el sombrero! Recreaos, señor, en esa maravilla. El terciopelo es de lo más rico que se fabrica en París, el cintillo de brillantes es obra florentina, las plumas vinieron de la India.

PETRUCH. ¿Qué te parece, Catalina?

CAT. (Tomando el sombrero y mostrando regocijo.) Es, en efecto, de mucho gusto. Así le usan ahora las damas más principales.

PETRUCH. No opino como tú. ¡Esto es un adefesio!

SASTRE. ¿Qué decís, señor?

PETRUCH. ¡Creo que hablo claro! ¿Qué os ha servido de modelo para esto? ¿La escudilla de algún cabrero?

CAT. ¡No tal, es muy hermoso!

PETRUCH. Antes que consentir que eso se ponga sobre tu hermosa cabeza, sería capaz de tomarte de una mano y devolverte á tu hogar paterno.

SASTRE. Os juro, señor...

PETRUCH. ¡Y yo os juro á vos, señor zurce-calzas, que mi esposa no afeará jamás su belleza con esta escudilla!... (Tira con desdén el sombrero.)

CAT. ¡Petruchio!...

PETRUCH. ¡Silencio! ¡Nadie me contradiga!

SASTRE. Repito, señor...

PETRUCH. No repitáis, que eso es cosa dé morcilla. Veamos el vestido.

SASTRE. (Tomando del cesto lo que dice.) Ved el cuerpo.

PETRUCH. ¿Te gusta, Catalina?

CAT. ¡Sí tal!

PETRUCH. ¡Yo paso el cuerpo! ¡Lo que no puedo pasar son las mangas!

SASTRE. Son según las encargásteis.

PETRUCH. ¿Yo las encargué así?

SASTRE. Al menos así lo dijo vuestro escudero.

PETRUCH. ¡Mi escudero mintió!

- SASTRE. Os enseñaré la nota tomada.
- CAT. Os aseguro, señor, que me agrada mucho.
- PETRUCH. Déjame, Catala mía, déjame. Conozco la bondad de tu carácter, y sé que con tal de no contrariarme, serías capaz de ir vestida contra tu gusto.
- SASTRE. Ved la nota: ¡Un vestido de terciopelo estampado con cuerpo acuchillado, manga perdida!
- PETRUCH. ¡Grumio! ¿Dijistes eso de la manga perdida?
- SASTRE. (Repitiendo la lectura.) «Terciopelo estampado, cuerpo acuchillado, manga perdida.»
- GRUMIO. ¡No tal! Eso de la manga perdida no pude decirlo.
- SASTRE. ¡Pues lo dijistéis!
- GRUMIO. ¿En qué cabeza cabe que yo pudiera decir que debieran perderse las mangas?
- SASTRE. ¡Pues así consta en las notas!
- GRUMIO. En la nota constará, pero ni yo dije tal, ni vale papel que yo no haya firmado.
- SASTRE. ¡Yo juro á Dios...!
- PETRUCH. (Indignado.) ¿Qué es eso? ¿Juramentos aquí? Idos ahora mala vos y esos guiñapos, si no queréis salir peor...
- SASTRE. ¿Y he de perder yo el dinero invertido?
- PETRUCH. ¡Basta, voto á San! Y no me hagáis montar en cólera. (A Grumio.) ¡Paga el importe y guarda los trajes!
- GRUMIO. No seáis tozudo y tened entendido, señor pierde mangas, que... (Al oído.) ¡Todo se os paga! ¡Callad y salid!
- SASTRE. ¡Esas razones...!
- PETRUCH. ¡Basta!
- SASTRE. ¡Quedad con Dios! (Salen. Grumio con ellos.)

ESCENA IV

PETRUCHIO y CATALINA; después, GRUMIO

- CAT. Ni me dais de comer, ni me dais de vestir. Me negáis el reposo. ¿Es para esto para lo que os habéis casado, señor Petrucho?
- PETRUCH. Paciencia, Catina mía, paciencia; comerás cuanto quie-

ras, dormirás blanda, tendrás vestidos hermosos á gusto mío y tuyo...

CAT. Sí, como el vuestro de boda...

PETRUCH. Después de todo, Catalina, ¿qué adelantas con incomodarte? ¿Y por fruslería así? ¡Los trajes! Los trajes adornan á las personas, pero no las hacen más buenas, ni más honradas, ni más simpáticas. ¿Has visto tú cómo pintan la casta Susana? ¡Una sábana blanca... y se acabó!

CAT. (Con ira y llorando.) ¿Y queréis que yo vista lo mismo?

PETRUCH. (Reconviniéndola.) ¿Qué es eso, Catalina, qué es eso?

CAT. ¡Es que yo no puedo soportar esta vida!

PETRUCH. ¿Y quieres morirte? ¿Tan pronto?

CAT. Quiero que se me trate como es debido. Yo no soy una chiquilla á la que es preciso contrariar constantemente. Soy mujer, soy esposa, quiero hacer y decir lo que me parezca bien, y si no os acomoda de esta manera...

PETRUCH. ¿Qué?

CAT. Me volveré á casa de mi padre.

PETRUCH. ¡Ah! ¿Quieres volver á casa de tu padre? ¡Haberlo dicho desde el principio! ¡Crumio! ¡Grumio!

GRUMIO. (Entrando precipitado.) ¡Señor!

PETRUCH. ¡Ensilla los caballos! ¡La señora quiere volver á casa de su padre! ¡Anda de prisa! (Sale Grumio.) ¿Y creías que yo me opondría á tu deseo? ¡No, Catalina mía, no! Mucho y muy grande es el amor que te tengo; pero ¿retenerte á mi lado contra tu voluntad? ¡No lo creas! ¡Y una mujer que nunca está contenta, á quien no he visto sonreír una sola vez!

CAT. ¡Es que...!

PETRUCH. ¡No, Catalina mía, no! Cúmplase tu voluntad! ¡Grumio!

GRUMIO. (Entrando deprisa.) ¡Señor! ¡

PETRUCH. ¿Están los caballos ensillados ya?

GRUMIO. ¿Tan pronto?

PETRUCH. Pues bien, fiel Grumio, voy á encomendarte una comisión delicada. Vas á acompañar á tu ama á casa de

su padre. Coges tu tizona... al fin y al cabo es mi mujer y quiero que la defiendas hasta perder la vida si preciso fuese.

GRUMIO. Así lo haré. Lo juro...

PETRUCH. No jures, que eso es feo; ¡basta tu palabra! Llegaréis á Pádua á media tarde. Las mujeres del pueblo estarán sentadas al sol haciendo calceta: los vagos y los ociosos, que tanto abundan en Pádua, pasearán por las calles; habrá gente en los balcones, en las plazas, en todas partes. Al veros á tu ama entrar á galope y á ti detrás de ella, comenzarán las hablillas. «¡Ay, la señora Catalina, la devuelven á su casa!» «¡No ha podido resistirla su marido más que un día!» «Ahora falta saber si su padre la quiere recibir.» «Y si no es así, ¿dónde irá á parar?» Entonces te apeas, acometes al más cercano, le cortas las orejas, ó la cabeza, ó un brazo, y á tu regreso me lo traes en señal de victoria.

GRUMIO. ¡No vendré sin piltrafas de alguien, señor!

PETRUCH. ¡Doña Catalina!... ¡Sois libre! Podéis seguir á Grumio. (Catalina llora con amargura.) ¡Cómo! ¡Lloráis! (Vase Grumio.)

CAT. ¿Es que tampoco me permitís que lllore?

PETRUCH. Pero ven acá, Catalina, ven acá y expliquémonos.

CAT. ¿Y qué queréis que yo explique, si no seríais capaz de entenderme? ¿Me amais acaso? ¿Me habéis amado nunca?

PETRUCH. (¡Qué hermosa está!) ¿Qué no te amo? ¿Que no te he amado, Catina mía? ¿Pero no hago todo lo posible por complacerte?

CAT. ¡Y por enviarme á mi casa!

PETRUCH. ¡Eso tú misma lo has pedido!

CAT. Y si me amárais, ¿aprovecharíais el primer momento de mal humor para deshaceros de mí?

PETRUCH. Pero vamos á cuentas, ¿qué quejas tienes de mi conducta?

CAT. ¿Las puedo decir con franqueza?

PETRUCH. ¡Con entera franqueza! La verdad es que nadie conoce

sus propios defectos, y bueno es que se los hagan notar...

CAT. ¡Pues bien: decís que me amáis, y desde que os conozco sólo os veo amenazador, irascible, violento! A cada dos palabras vuestras ponéis un juramento; pedís las cosas con imperio; á cada instante levantáis la mano ó el látigo. Vivís en completa tempestad: gritos, imprecaciones, injurias, amenazas... esto es lo único que conozco de mi esposo.

PETRUCH. Pero nada de eso va contigo, Catina de mi corazón, sino con esos bribones que me sublevan la sangre.

CAT. ¡Qué! Dejad á esos infelices en paz. ¡No se trata de ellos ahora.

PETRUCH. ¡Cómo! ¿Los defiendes?

CAT. ¡No, no! ¿Yo que he de defender?

PETRUCH. ¿Pues entonces?

CAT. Entonces... digo que comprendo que el hombre sea el que dirija y mande en su casa, pero para eso no es necesario tanto grito, tanta imprecación, tanta violencia..

PETRUCH. Bueno, eso es condición de mi carácter. Yo soy así. Si pido una cosa, quiero que me la den al vuelo; si doy una opinión, que no me contradigan; si ordeno algo, que no se me resista... La menor contrariedad me excita, me saca de quicio, la sangre se me enciende, los puños se me crispan y me entran ganas de tirarlo todo, de destrozarlo.

CAT. Pero si vos me amáis...

PETRUCH. ¡Oh! Como á las niñas de mis ojos, vida mía.

CAT. Pues si eso es cierto, ¿por qué, ya que yo lo deseo, no hacéis algún esfuerzo por modificaros, por hablar con dulzura, por tratar á las gentes con afabilidad?... ¡Así demostraríais que el sí que pronuncié ante el altar ha satisfecho vuestros deseos!

PETRUCH. ¡A ver, á ver, Catala mía, á ver!... Si yo hiciera esfuerzos por modificar mi carácter me querrías...

CAT. (Con dulzura.) ¿Quién lo duda?

PETRUCH. ¿Mucho?

- CAT. Mucho. (La verdad es que me cautiva su arrogante figura! ¡Es todo un hombre!)
- PETRUCH. ¡Entonces... voy á probar!
- CAT. ¡Bueno, probad!
- PETRUCH. Porque encuentro que tienes razón, Catalina, tienes razón.
- CAT. Me alegro de que lo entendáis así.
- PETRUCH. ¡La ira es una de las más feas pasiones que pueden dominar á una persona!
- CAT. ¡Es mucha verdad!
- PETRUCH. Se vive en intranquilidad perpetua.
- CAT. ¡Oh, qué vida!
- PETRUCH. Hacemos sufrir á todas las personas que nos rodean.
- CAT. ¡Oh, que cierto es!
- PETRUCH. Hasta á la persona que más amamos...
- CAT. ¡Justo! ¡Á la cual debemos un trato cariñoso!
- PETRUCH. ¡Si, sí; es preciso que yo me corrija!
- CAT. ¡Gracias á Dios!
- PETRUCH. ¡Ya verás! Voy á ser un marido modelo.
- CAT. ¡Así lo deseo!
- PETRUCH. Sólo que...
- CAT. ¿Qué?
- PETRUCH. Me temo que por mí solo no pueda corregirme. Necesitaré tu auxilio.
- CAT. ¿Mi auxilio? ¡No comprendo! ¿Cómo os he de auxiliar?...
(Petruchio habla con dulzura, con persuasión, sugestionándola con la mirada; Catalina se deja atraer y sigue embelesada y pendiente de los labios de Petruchio, cuanto éste dice, afirmando cariñosamente con la cabeza, é insensiblemente van pasando los brazos de cada uno por el cuerpo del otro, hasta que resultan estrechamente abrazados.)
- PETRUCH. ¿Cómo?... ¡No sé... en fin, ya hallarás tú medio de ayudarme! Mira, ya que nuestros esfuerzos unidos persiguen el mismo fin, cuando, á pesar de mi propósito y de mi deseo, tenga uno de esos ataques de cólera, de ira, no me contraríes. Por el contrario, emplea tú la calma para que yo note el contraste, hálblame con

dulzura, con afabilidad, con cariño, y di: «¡Bueno, bueno! ¡Desgañítate, grita, vocifera... tú te lo pierdes!».—Yo tendré mis ratos de mal humor, que cada día serán menos frecuentes y más breves, pero después el triunfo será tuyo, porque al fin y al cabo al más batallador guerrero le agrada que llegue el momento del reposo. Entonces será Amor el que triunfe, y si cuando llegue ese instante te encuentro cariñosa, amante, dócil, enamorada, como yo te he soñado y como te quiero, no tendrás necesidad de brindarme la felicidad en tus labios, porque yo mismo iré á beberla en ellos, fascinado por tu hermosura y atraído por tu cariño.

CAT. (Arrebatada y arrojándose al cuello de Petruccio.) ¡Sí, sí, Petruccio mío; así te quiero y así ha de ser!

PETRUCC. Cuidado, cuidado, amor mío, que me vas á ahogar.

ESCENA V

DICHOS y HORTENSIO, que se queda suspenso al ver el final de la escena.

HORT. ¡Jesús, María y José!

PETRUCC. ¡Oh, amigo Hortensio!

HORT. ¡Lo veo y no lo creo!

PETRUCC. ¿Qué es lo que no crees, amigo mío?

HORT. El milagro que presencié. ¿Catalina y tú abrazados?

PETRUCC. Pues no hay milagro en ello, Hortensio. Mi Catalina de mi vida tiene un corazón hermoso; es buena, es razonable, sin contar con que sus encantos superan á sus bondades. Yo la adoro, ella adora en mí, y hemos de hacer una pareja enamorada que ha de causar la admiración de cuantos nos conozcan. ¿No es verdad, Catalina?

CAT. ¡Sí, Petruccio, sí!

PETRUCC. (Va acercándose á la ventana del primer término de la derecha llevando de una mano á Catalina.) Júralo, Catalina mía, júralo por esa hermosa luna que se eleva en el horizonte, co-

mo pura doncella que se alza de su casto lecho. (Catalina se ríe.) ¿De qué te ríes?

CAT. De que dices que la hermosa luna se eleva...

PETRUCH. (Poniéndose serio.) ¿Y qué motivo de risa hay en eso?

CAT. ¡Que te equivocas! Ni es la luna, ni se levanta, sino el sol.

PETRUCH. (Incomodado.) ¿Eso? ¿Eso es la luna!

CAT. Á mí me parece que es el sol. (Timidamente.)

PETRUCH. (Montando en cólera.) ¡Voto á mil centellas! ¡Te parece... te parece! ¿Ya te has olvidado de tus promesas? ¿Siempre me has de contradecir? No, no es posible la paz y la armonía entre nosotros.

CAT. (Suplicante.) ¡Por Dios, Petruchio, no te pongas así conmigo!

PETRUCH. ¡Decir que eso es el sol!

CAT. No, Petruchio mío, no es el sol; es la hermosa luna que como casta doncella se alza...

PETRUCH. Eso lo dices por darme la razón, como se les da á los locos ó á los ebrios...

CAT. No, amigo mío, no; lo digo porque lo veo, porque es así, como tú dices. Tuve un momento de alucinación, pero ya veo claro; ¡no me pongas ese ceño tan adusto!

PETRUCH. Ahora, ahora es cuando estás alucinada, Catina mía, porque ese astro hermoso no es la luna, sino el sol vivificador y fecundante que Dios envía para protegernos y alegrarnos.

CAT. Bien, bien, Petruchio mío; sea lo que tú quieras; sea el sol, sea la luna, ¿qué interés he de tener en que sea otra cosa que lo que á ti te parezca bien?

HORT. ¡Alabado sea Dios! ¡Qué transformación!

PETRUCH. ¡Eh! ¿Hortensio? ¿Qué tal? ¿He triunfado en mi propósito?

HORT. Indudablemente.

PETRUCH. Pero vamos á ver, ¿qué te trae por acá? ¿Qué noticias nos das de Pádua?

HORT. ¡Vengo á despedirme de vosotros!

CAT. ¿Pues y eso?

PETRUCH. ¿Sin casarte con mi cuñada? ¿Ahora que íbamos á ser cuasi hermanos?

HORT. ¡Blanca... se ha casado!

CAT. Casada... ¿Cuándo?

HORT. Anoche.

PETRUCH. ¿Con quién?

HORT. ¡Con Flavio!

CAT. ¡Ya decía yo que se tenían inclinación el uno al otro!

PETRUCH. ¿Con el profesor de laud?

HORT. No hay tal profesión. Es el disfraz que adoptó para acercarse á Blanca, de quien estaba enamorado.

PETRUCH. ¡Cuánta novedad en tan poco tiempo!

CAT. Efectivamente.

HORT. Cuando ayer mañana salísteis de allí sembrando el asombro en todo el mundo, comenzó á condolerse el pobre viejo, vuestro padre.—«Tened hijas para esto, para que los disgustos vengán encadenados»,—exclamó.—Comenzamos á consolarle todos, y yo quise aprovechar la ocasión para pedir la mano de Blanca; pero al consultar á ésta, dijo con una resolución y una energía inesperadas: «Sí, quiero casarme, y hoy mismo, aprovechando los preparativos ya hechos para la boda de Catalina; pero no con el caballero Hortensio, que toma mujer como toma un vestido, que tanto le da una tela como otra, sino con el caballero Flavio, que es también noble y de familia renombrada, y adora en mí, y yo le entregué ha tiempo mi corazón.» Y... ¿á qué añadir más? Se han casado, se han celebrado las bodas, y yo, dando gracias á Dios, que sin duda en provecho mío ha dispuesto así las cosas, emprendo largo viaje y espero á otra ocasión, que juventud y resignación para esperar no me faltan.

PETRUCH. Pero ¿es posible que en tan breve espacio hayan ocurrido tantos sucesos?!

HORT. ¿No has sido tú en cuatro días recién llegado, novio y casado?

PETRUCH. ¡Es cierto!

CAT. ¡Mi hermana casada!

PETRUCH. ¡Claro! ¿No ves que tanto ella como tu padre sólo esperaban á que te casaras tú?

ESCENA VI

DICHOS y GRUMIO

GRUMIO. ¡Señor, señor!

PETRUCH. ¿Qué ocurre?

GRUMIO. Embajada tenemos.

PETRUCH. Explícate.

GRUMIO. Ahí acaban de llegar, en dos coches, vuestro suegro (á quien Dios conserve luengos años), vuestra cuñada (hermosa como una azucena), varios caballeros (que no sé con qué compararlos...)

PETRUCH. ¡Son ellos!

CAT. ¡Ay, qué alegría!

HORT. Entonces, yo me retiro.

PETRUCH. No, Hortensio, eres mi amigo, eres mi huésped, estás á mi lado, y á menos que la presencia de mi familia te disguste...

HORT. ¡No tal! Disgustarme, ¿por qué? Blanca ha hecho bien en preferir al que su corazón había elegido. Flavio no ha hecho mal, puesto que honrosamente ha ganado la mano de su esposa. El señor Bautista ha cumplido su deber satisfaciendo los deseos de su hija. ¿Qué hay de malo en todo esto?

PETRUCH. Pues quédate, yo te lo ruego.

HORT. No hace falta tanto para que yo te satisfaga.

GRUMIO. (Que había salido y regresa corriendo.) ¡Ya llegan, señor, ya llegan!

PETRUCH. ¡Sean bien venidos! (se adelantan á recibirlos.)

ESCENA VII

DICHOS; BLANCA, FLAVIO, BAUTISTA y caballeros.

BAUT. ¡Petruccio! ¡Hijo mío!

PETRUCH. ¡A mis brazos, padre! (Siguen á Bautista, Flavio, que da la mano á Blanca y varios caballeros. Se saludan todos muy afectuosamente.)

BAUT. Hija mía. ¡Catalina!...

CAT. (Abrazándole con efusión.) ¡Padre adorado! ¡Un siglo me ha parecido el tiempo que he tardado en veros!

BAUT. (¡Qué bondad! ¡Qué dulzura! ¡Nunca hallé en su voz tanta expresión de afecto!)

CAT. ¡Blanca, hermana mía! ¡Dame un millón de besos!

BLANCA. ¡Sí, Catalina; te quiero con toda el alma! (¡Qué cariño-sa está mi hermana!)

PETRUCH. (A Flavio.) ¡Sea enhorabuena!

FLAVIO. ¡Gracias, hermano mío; que ya os puedo llamar así!

PETRUCH. ¡Hermano, y tú por tú, como buenos hermanos!

FLAVIO. Es muy de mi agrado eso.

CAT. (A Blanca.) ¿Conque casada?

BLANCA. Sí, hermana mía; el mismo día que tú.

CAT. ¿Y á gusto tuyo?

BLANCA. ¡Ah, sí; con el hombre que adoraba! ¿Y tú? ¿Estás contenta?

CAT. ¡Como no puedes imaginarte! Pero cuéntame, cuéntame...

BLANCA. ¡Cuando estemos solas!

CAT. ¡Ven, vámonos al jardín! (Va á salir, pero reparando en Petruccio corre á él con los brazos abiertos.)

BLANCA. ¡Sí, vámonos!

CAT. ¡Señores, un momento! ¡Con vuestro permiso! (Aparte á Petruccio.) ¿Voy un momento al jardín con mi hermana?

PETRUCH. (Aparte.) Ve, pero... no olvides...

- CAT. ¡Ya no lo olvido nunca! ¡Tú, y sólo tú, eres mi dueño y mi amor! ¡Vamos, Blanca!
- BLANCA. ¡Vamos!

ESCENA VIII

DICHOS, menos BLANCA y CATALINA

- PETRUCH. Ante todo, señores, dejad que implore vuestro perdón por la escena de ayer.
- BAUT. ¡Qué rato me diste!
- PETRUCH. ¡Imploro vuestra indulgencia! (A Bautista.)
- BAUT. Concedida.
- PETRUCH. Y la vuestra... (A todos.)
- FLAVIO. No se hable más de ello.
- HORT. Agua pasada no muele molino.
- FLAVIO. Sabe ahora, hermano mío, que yo no enseño á tocar el laud, aunque le sé tañer como el más hábil profesor...
- PETRUCH. ¡Ya! Ya estoy al tanto, hermano Flavio.
- FLAVIO. Soy hijo de Vicencio, rico hacendado de Pisa.
- PETRUCH. ¡Oh! Es muy principal sujeto. Le conoció mi padre en Florencia, y fué muy amigo suyo.
- FLAVIO. Pues él me tenía autorizado por cartas para contraer matrimonio, y me asigna un dote bastante para que mi esposa y yo vivamos con el esplendor que nos conviene.
- PETRUCH. Sed ambos felices, tan felices como yo me prometo ser.
- BAUT. ¡Ah! Lo serán más. Blanca es una paloma cándida, afable, buena, cariñosa...
- PETRUCH. Y mi Catina también.
- BAUT. ¡Ah! hijo mío, tu Catina... como el tiempo y los años no modifiquen su carácter...!
- PETRUCH. Pero si Catalina está modificada. (Risa general.)
- FLAVIO. ¿Modificada?
- BAUT. ¿Modificada mi hija? ¡Qué más quisieras tú! ¡Y qué más quisiera yo!

PETRUCH. Digo que Catalina ha variado.

BAUT. Aunque te pongas de rodillas y en cruz no lo creo.

HORT. ¡Yo, casi, casi... lo creo!

FLAVIO. Son ilusiones.

BAUT. Son locuras; como éste le da quince y raya á ella en materia de colérico é irascible...

PETRUCH. Yo, querido suegro, soy la bondad misma. Sólo llevo dos días de arrebatado y violento y os juro que me cansa el oficio. La ira, los juramentos, las amenazas, fueron en mí un disfraz para amansar á mi esposa, como en Flavio fué el profesorado pretexto para acercarse á la que amaba.

BAUT. ¿Pero cómo has de haber podido hacer flexible su carácter? ¿Cómo se ablanda una montaña? ¿Cómo en dos días conseguiste lo que yo no logré en años?

PETRUCH. Más diré; Catina está hoy suave como un guante de fina cabritilla, y es más dulce y bondadosa que su hermana.

HORT. ¡Eso no, eso no!

FLAVIO. ¡No lo creo! ¡No exageres, hermano!

BAUT. ¡Locura, locura! Eso es que no estás en tu juicio.

PETRUCH. Señores, sometamos el asunto á una prueba.

FLAVIO. ¿Y qué prueba?

PETRUCH. ¡Cualquiera! La primera que se ocurra.

BAUT. ¡Propónla tú!

FLAVIO. Sí, dilo tú...

PETRUCH. Cualquiera... la más sencilla... Ved allí (Señalando por la ventana al jardín.) á ambas hermanas sentadas en un banco hablando mano á mano con interés...

FLAVIO. ¡Sí, ya las veo!... (Todos se agolpan á la ventana.)

PETRUCH. Bueno, pues llama á Blanca...

FLAVIO. (Llamando desde la ventana.) ¡Blanca!... ¡Blanca!...

PETRUCH. Ya te mira.

FLAVIO. Haz el favor de venir un momento...

PETRUCH. ¿Ves? ¡Que luego vendrá!...

FLAVIO. ¡Blanca! ¡Ahora quiero que vengas, ahora! ¡Es asunto interesante! ¡Ven!

HORT. ¡Que no!

PETRUCH. ¡Nada, que no viene ahora!

FLAVIO. (Incomodado.) ¡Blanca! ¡Blanca!

PETRUCH. ¡Toma! ¡Te ha vuelto la espalda!

BAUT. Catalina no te vuelve la espalda á ti...

PETRUCH. ¡Quiá!

BAUT. ¡Pero te tira un tiesto á la cabeza!...

PETRUCH. ¿A mí? ¿Catalina á mí? (Corre á la ventana, llama á su esposa con la mano, y vuelve al primer término.) ¡Catalina!

BAUT. ¡Viene corriendo!...

FLAVIO. ¡Y trae á la fuerza á Blanca!

BAUT. ¿Será cierto?

PETRUCH. (Con aire de triunfo.) ¿Que si es cierto? ¡Ahí la tenéis!

ESCENA IX

DICHOS; CATALINA Y BLANCA

CAT. (Entra llevando á Blanca de la mano, ésta ofrece resistencia.)
¿Qué quieres, esposo mío?

PETRUCH. ¡Que vinieras!

CAT. Ya estoy aquí, ¿qué quieres?

FLAVIO. (Iracundo á Blanca.) ¿No oiste que te mandé venir? (Rápidamente.)

BLANCA. ¿Y no oiste que te decía que vendría después?

FLAVIO. ¿Y por qué no cuando yo te llamaba?

BLANCA. Porque estaba ocupada.

FLAVIO. Las mujeres no han de tener más ocupación que la de obedecer al marido.

BLANCA. ¡No siempre!

FLAVIO. ¡Siempre!

BLANCA. ¡Cómo! ¿Apenas casado y ya mandas como tirano?

FLAVIO. ¡¡Blanca!!

BLANCA. ¡¡Flavio!!

BAUT. ¡Vaya! No riñáis ahora por cosa baladí.

BLANCA. ¡Eso, apoyadle vos! ¿Qué queréis de mí?

BAUT. ¡Que seas bondadosa! ¡Dócil, como tu hermana!

BLANCA. ¿Como mi hermana? ¿Que sea yo como mi hermana?
¿Eso queréis?

PETRUCH. Sí, hermana mía, sí; que tomes ejemplo de mi Catalina, que oigas sus consejos...

BLANCA. ¿Sus consejos? ¿Me va á echar sermones acerca de la sumisión y de la bondad? (Catalina mira con interés á Petrucho. Este la anima á que hable.)

PETRUCH. ¡Habla, Catalina mía, habla!

CAT. ¿Y por qué no he de darte consejos, hermana mía? ¿No son los conversos los que ofrecen mayores ejemplos y los que divulgan mejor las doctrinas? Yo he reflexionado, Blanca, y me he convencido de que las mujeres soberbias y rebeldes son como las aguas cenagosas, removidas por el huracán: si éstas apestan el campo, aquéllas infestan la paz del hogar. El marido debe ser considerado como señor nuestro, como nuestro apoyo, como nuestra defensa. Él sostiene la batalla de la vida, él sufre los trabajos y las vigiliás, él afronta los huracanes y las tormentas para que dentro de la casa vivamos nosotras, débiles avecillas, sin riesgo ni temor alguno... Y ¿qué nos pide el hombre á cambio de tantos beneficios? ¡Bien poca cosa! Que cumplamos la misión de dulzura y paz que nos confió la naturaleza. ¿No sería injusto negarles eso?

HORT. Es increíble.

FLAVIO. ¡Es milagroso ese cambio!

CAT. Por mi parte, no me avergüenzo de proclamar muy alto el error en que he vivido y la gran satisfacción que siento por haber sido vencida. (Dirigiéndose humilde y cariñosa á Petrucho.) ¡Ah! Sí, Petrucho; tú me has devuelto á la razón y á la sensatez; por ti y para ti quiero vivir, y adorarte como á mi Dios y servirte como esclava tuya. (Se arrodilla.)

PETRUCH. (Entusiasmado, levantándola, abrazándola y poniendo la cabeza de Catalina sobre el pecho.) Levanta, Catalina mía, levanta; ni te quiero tan altiva como te encontré, ni tan humil-

de como ahora te manifiestas. Aquí, á la altura de mi corazón, está tu puesto, para ser mi compañera, mi delicia, mi consuelo, mi amiga cariñosa é inseparable.

BAUT. (Conmovido.) Petruccio, hijo mío, triplicaré la dote. Te entregué una hija plagada de defectos, y me la presentas adornada de virtudes.

PETRUCH. No se hable de dotes, padre mío. La mejor recompensa que puedo tener por haber amansado esta fierecilla es la de ser dueño de ella.

(Al público.)

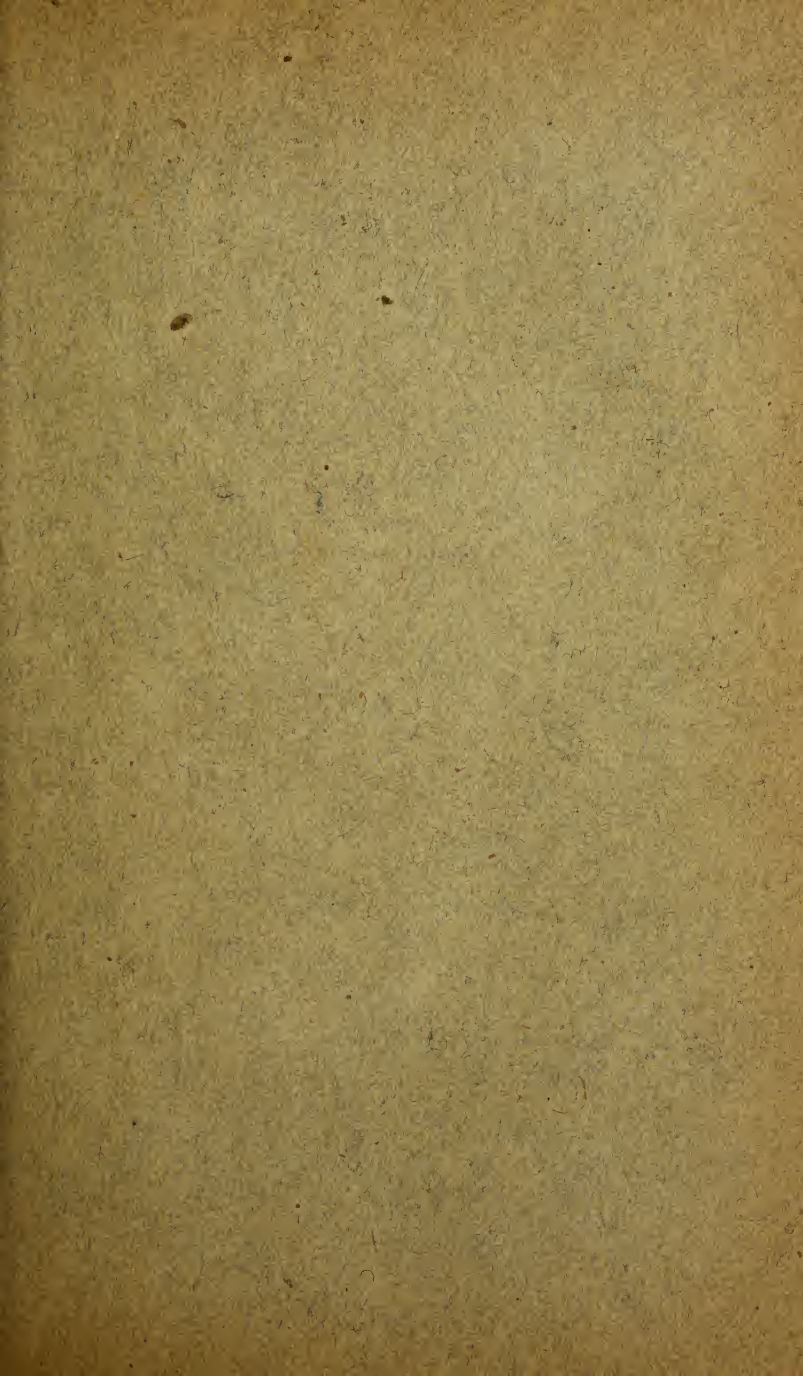
¡Tomad de este caso ejemplo,
que en el fondo del furor
femenil, tiene el amor
siempre oculto y santo templo!
Y así este caso se explica:
amor es dulce cadena
que á los más fieros enfrena
y á las fieras domestica.—*Telón.*

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- ¡Sin cocinera!—Juguete cómico en un acto.
- ¡Una prueba!—Idem, *fd.*, *fd.*
- A primera sangre.—Pasillo cómico en un acto.
- Ni tanto ni tan calvo.—Juguete cómico en un acto.
- El número 107.—Idem *fd.* (escrito sobre el pensamiento de una obra francesa.)
- Sin dolor.—Pasillo cómico en un acto.
- A diez reales con dos sopas.—Idem, *fd.*, *fd.*
- Un frac nuevo.—Idem, *fd.*, *fd.*
- El titirimundi.—Revista cómica-política en un acto y en verso (inédita.)
- Reclamaciones y bombos.—Sainete en un acto (en verso.)
- ¡Ecce-Homo!!—Pasillo cómico en un acto.
- Los gorriones.—Juguete cómico en un acto.
- La vida del hombre malo.—Juguete cómico en dos actos (inédita.)
- Matasiete.—Sainete en un acto y en verso (traducido del valenciano.)
- Sarasate.—Juguete cómico en un acto.
- La fierecilla domada.—Comedia en cuatro actos y en prosa (arreglada al español.)
- La indómita.—Comedia en tres actos (arreglada al español.)
-

- Zaragata (*fragmentos de la vida de un infeliz.*)—Novela cómica; un volumen en 8.º
- Del montón (*retratos de sujetos que se ven en todas partes.*)—Prólogo de Clarín, ilustraciones de Mecáchis.
- Loza ordinaria (*escenas de la vida cursi.*)—Prólogo de E. Blasco, ilustraciones de Mecáchis.
- Danza de monos.—Ilustraciones de A. Pons.
- ¡Aleluyas finas!—*Colección diamante.* Barcelona.



PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14, de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.